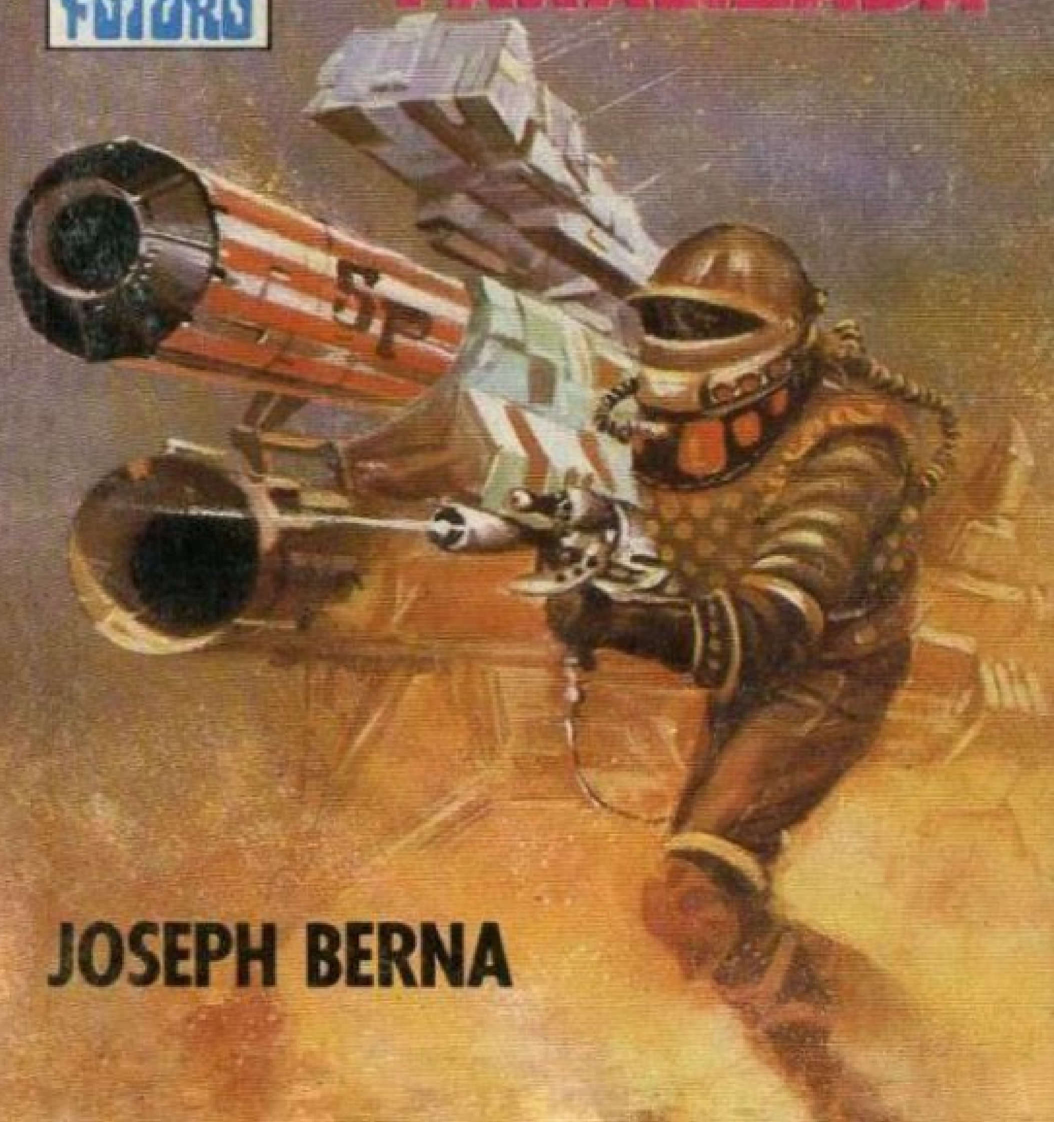
HEROES DEL ESPACIO

BRUGUERA

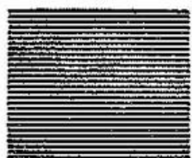
BOLSILIBROS

FUTURO

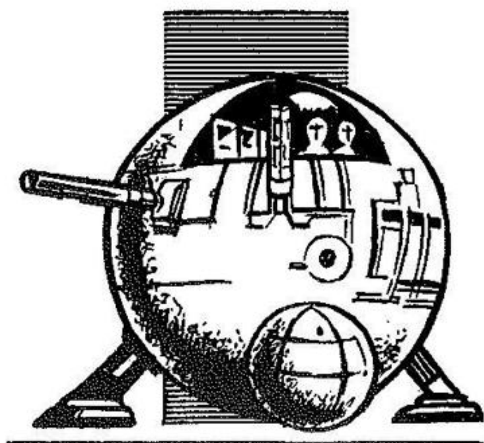
Y LA TIERRA QUEDO PARALIZADA



JOSEPH BERNA



héroes del ESPACIO





JOSEPH BERNA
Y la Tierra quedó paralizada

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 224 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A. CAMPS Y FABRES, 5 BARCELONA

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS
COLECCIONES DE EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto Punto Rojo Bisonte Serie Roja Bisonte Serie Azul Búfalo Serie Azul

ISBN 84 02 09281 O Depósito legal: B 33.411 1984

Impreso en España Printed in Spain
1.a edición en España: noviembre, 1984 1." edición en América: mayo, 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Párete del Vallés IN- IS2, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

La Tierra. Año 2055.

En el apartamento de Lex Shilton, ubicado en uno de los edificios más gigantescos de Washington, estaba teniendo lugar la actuación privada de Kim Danvers, una bailarina profesional de rostro bello y cuerpo exuberante.

Tenía veinticuatro años, el cabello teñido de azul, los ojos verdes, grandes y rasgados, los pómulos altos, la nariz ligeramente respingona, y los labios carnosos, brillantes, tremendamente sensuales.

En realidad, toda su persona emanaba sensualidad, desde el cabello a las uñas de los

pies. Era, además, una buena bailarina y sabía sacarle partido a cada curva de su cuerpo, moviéndose voluptuosamente al son de la música, siempre adecuada.

Lex Shilton seguía atentamente los movimientos de la hermosa bailarina, sentado en el sofá del salón, con una copa en las manos. No la había llevado a su apartamento para que bailara privadamente para él, lo de ponerse a danzar en el salón había sido por propia iniciativa de Kim Danvers.

Lex se había limitado a invitarla a tomar un par de copas en su apartamento, después de verla actuar en el Meteor Club, el local en donde actualmente trabajaba la bailarina, y ella había aceptado.

Ya en el apartamento, y después de tomar la primera copa, Kim se había levantado del sofá y había empezado a bailar para Lex. Vestía una atrevida túnica color naranja, totalmente abierta por los lados, lo que le permitía exhibir sus hermosas piernas y sus magníficas caderas.

De pronto, la bailarina accionó el cierre de su túnica, ubicado sobre el hombro derecho,

y la hizo caer a sus pies, quedando prácticamente desnuda, ya que sólo llevaba un minúsculo pantaloncito brillante.

Lex Shilton ni siquiera pestañeó, aunque había para eso, para respingar, para toser, para bizquear, y para más cosas aún, porque Kim Danvers era un verdadero monumento de mujer.

Si Lex no hizo nada de eso fue porque ya esperaba que la bailarina se despojase de la túnica y continuara danzando así, prácticamente desnuda, como hacía cuando actuaba en público.

En el Meteor Club había hecho lo mismo, por lo que Lex, como el resto de los clientes, tuvo oportunidad de contemplar el prodigioso cuerpo de Kim Danvers sin más prenda encima que el breve triangulito de tejido brillante que cubría a malas penas su pubis y su sexo.

De ahí que Lex Shilton, en esta ocasión, no parpadeara siquiera. Aunque, eso sí, siguió aún con más atención si cabe los sensuales movimientos de la bailarina, deleitándose con la continua oscilación de sus maravillosos senos o con la perfecta redondez de su trasero, prieto y erguido.

Un soberbio espectáculo, no cabía duda.

Y Lex Shilton era el único espectador.

¿Qué más podía pedir…?

Lex se llevó lentamente la copa a los labios e ingirió un sorbo de licor, sin apartar los ojos de la sensacional anatomía de la bailarina.

Ella le sonrió, sin dejar de bailar. Y cómo le sonrió…

Otro hombre menos experto que Lex Shilton en cuestión de mujeres hubiera mordido la copa, pero Lex la retiró suavemente de su boca y le devolvió la sonrisa a la bailarina.

Kim se aproximó a él, moviéndose como una serpiente, y le quitó la copa de las manos, dejándola sobre la mesa. Después se sentó en sus rodillas y le pasó los brazos por el cuello, antes de besarle sabiamente en los labios.

Luego, la bailarina preguntó:

—¿Te ha gustado, Lex?

—¿Te refieres al beso o a tu actuación?

—A lo segundo.

—Me ha encantado, Kim. Igual que en el club.

—Aquí he bailado sólo para ti.

—No sabes cuánto te lo agradezco —dijo Shilton, que ya le estaba acariciando los muslos, las caderas, la espalda…

—¿Sabes por qué acepté tu invitación, Lex?

—No.

—Me gustaste en cuanto te puse los ojos encima.

—¿De veras?

—Eres moreno, alto, fuerte, varonil… Y no debes tener más de treinta y años.

—Añade dos más.

—¿Tienes treinta y dos?

—Recién cumplidos?

—Bueno, aún estás en edad de satisfacer debidamente a una mujer joven y ardiente como yo.

—Eso ni lo dudes.

Se besaron otra vez, momento que aprovechó Lex para acariciar los pechos de la bailarina, cálidos y consistentes. Ella se estremeció dulcemente en sus brazos.

Tras el beso, volvieron a mirarse a los ojos y Kim dijo:

—Va a ser una noche inolvidable.

—Bueno, noche no queda mucha. Son casi las tres de la

madrugada —repuso Shilton.

—La aprovecharemos bien. Haremos el amor hasta que amanezca.

—De acuerdo.

—Llévame a la cama, Lex.

—Con mucho gusto.

Shilton se levantó del sofá, con la bailarina en brazos, y fue hacia el dormitorio. Volvieron a besarse por el camino. Ya en el dormitorio, Lex depositó a Kim sobre la redonda cama y procedió a desvestirse.

Llevaba un traje azul brillante, de una sola pieza, muy ajustado, que dibujaba sus desarrollados músculos, y calzaba botas plateadas, cortas, flexibles, muy cómodas.

Lex quedó en slip.

La bailarina lo miró de arriba abajo.

—Eres todo un atleta, Lex.

—Suelo hacer bastante ejercicio —respondió Shilton, echándose suavemente sobre ella.

Kim le cercó el cuello con sus brazos.

—Esta noche, el ejercicio lo vas a hacer en la cama

—dijo, maliciosa.

—Hasta que amanezca.

—Eso es.

—No perdamos un solo minuto, pues —dijo Lex, y la besó con fogosidad, al tiempo que recorría su cuerpo desnudo con sus manos, que no tardaron en despojarla del diminuto pantaloncito brillante.

Poco después hacían el amor por primera vez. Y no fue la única.

Tenían que gozar el uno del otro hasta el amanecer. Pero pasaba el tiempo y no amanecía.

Era extraño.

Deberían verse ya las primeras luces del alba, anunciando la salida del sol, pero el cielo seguía oscuro. Tan oscuro como cuando Lex tomó en brazos a Kim y la llevó al dormitorio, para hacer el amor con ella.

Y de eso hacía ya casi tres horas…

Y tres horas en la cama, con una mujer tan sensual y tan fogosa como Kim Danvers, era mucho tiempo. De ahí que Lex Shilton empezara a dar síntomas de cansancio y deseara que amaneciera de una vez, para poder dormir y recuperar fuerzas.

La bailarina, en cambio, se alegraba de que tardase más de lo habitual en amanecer, porque estaba disfrutando de verdad con Lex y deseaba prolongar el combate amoroso.

Un combate que no había tenido tregua, hasta el momento, pero se iba haciendo necesaria. Para Lex, al menos, aunque no se decidía a pedirla, porque no quería que Kim se creyese vencedora de la batalla que estaban librando en la cama.

La bailarina se dio cuenta de que Lex miraba de vez en cuando, casi siempre con disimulo, hacia la ventana, lo que finalmente le llevó a preguntar:

—¿Ocurre algo, Lex?

—¿Por qué lo preguntas?

—Miras mucho la ventana.

—Es que encuentro raro que no haya amanecido todavía.

—¿Tantas ganas tienes de que amanezca...?

—Oh, no, no es eso. Sencillamente, me sorprende que siga siendo de noche cuando mi reloj indica que son casi las seis de la mañana.

—Estará nublado.

—No, estoy seguro de que no.

—Entonces, es que tu reloj funciona mal.

—Funciona perfectamente, Kim.

—Bueno, dejémonos de relojes y de horarios, y sigamos disfrutando de esta noche

maravillosa.

—Maravillosa... y larga —repuso Shilton.

—Mejor, ¿no?

—Sí, pero...

—Quedamos en hacer el amor hasta que amanezca.

—¿Y si no amanece...?

La bailarina se echó a reír.

—¿Cómo no va a amanecer, Lex? ¡Todos los días amanece!

—Tienes razón — sonrió Shilton, y la besó. Hicieron el amor una vez más.

Después, Lex miró nuevamente hacia la ventana. Seguía siendo de noche.

Tan de noche como cuando iniciaran el combate amoroso.

Un combate amoroso que parecía no iba a terminar nunca, porque parecía, asimismo, que no iba a amanecer nunca.

Kim miró también hacia la ventana, comprobó con satisfacción que aún seguía todo oscuro, y dijo:

—Continuemos, Lex. Aún no ha amanecido.

Shilton iba a contestar, pero la bailarina le selló la boca con la suya y no le dejó hablar. A Kim Danvers sólo le interesaba el otro lenguaje.

El del amor, la pasión, y el frenesí.

CAPITULO II

El timbre del apartamento despertó a Lex Shilton, aunque no a la primera. Tuvo que sonar bastante para lograr que abriera los ojos. Para que los entreabriera, más bien, ya que le pesaban tanto los párpados que apenas podía levantarlos.

La culpa, naturalmente, la tenía Kim Danvers. Lex la miró.

La bailarina dormía junto a él, desnuda, satisfecha, relajada. No parecía oír el timbre.

Y la verdad es que no lo oía, porque se hallaba profundamente dormida. Lex no recordaba cómo y cuándo había terminado el combate amoroso.

¿Se había rendido él...?

¿Se había rendido la bailarina...?

Lo que estaba claro es que no habían hecho el amor hasta el amanecer, porque... ¡aún no había amanecido!

¡Y eran ya las nueve y media de la mañana! Lex lo supo cuando miró su reloj.

Después, desvió los ojos hacia la ventana.

—No es posible... —murmuró, absolutamente desconcertado. Seguía siendo de noche.

Eso parecía, al menos, por lo oscuro que continuaba todo.

Lex se levantó de la cama, se puso el slip, y se acercó a la ventana. Era de noche, no cabía duda.

Podían verse las estrellas, brillando en el negro cielo, lo que demostraba que no estaba nublado.

Como el timbre del apartamento seguía sonando con insistencia, Lex Shilton salió del

dormitorio, cerró la puerta, y acudió a abrir, lo cual hizo con el desconcierto plasmado todavía en el rostro.

Y a eso, al desconcierto, se debió el que no se molestara en tomar su bata y colocársela, porque Lex no solía abrir nunca en slip. Pero esta vez ni siquiera pensó que iba poco menos que desnudo.

Cuando abrió la puerta se llevó otra buena sorpresa, ya que se trataba de Diliana Birkin, una preciosa rubia de veintiséis años de edad, ojos muy azules, labios tentadores, y cuerpo sensacional.

La sorpresa se debía a que Diliana había prometido no volver a

poner los pies en el apartamento de Lex, después de una acalorada discusión con éste, en la que también dijo que no quería saber más de él, porque estaba ya hasta las narices de sus engaños y sus tomaduras de pelo.

Sin embargo, allí estaba, luciendo una atrevida miniblusa con flecos, un pantalón dorado, brillante y descaradamente ceñido, y unas botas de media caña, plateadas. con mucho tacón. Una fina cadena de oro adornaba su desnuda cintura. Llevaba, también, un artístico brazalete en su brazo derecho.

—Diliana... —murmuró Lex.

Ella, después de mirarlo de arriba abajo, adivinó:

—Te he sacado de la cama, ¿eh?

—Sí, estaba durmiendo.

—Como un tronco, además, porque me duele el dedo de tanto pulsar el timbre —

rezongó Diliana.

—Me acosté tarde anoche — explicó Lex.

—Estuviste de juerga, ¿no?

—Bueno, verás... —carraspeó Shilton.

—Se te nota en la cara, así que no es necesario que te inventes ninguna excusa. ¿Puedo pasar, Lex?

—Claro.

Diliana Birkin entró en el apartamento, esperó a que Lex Shilton cerrara la puerta, y entonces dijo:

—No te has enterado, ¿verdad?

—¿De qué?

—Hoy no ha amanecido en Washington. Sigue siendo de noche.

—Lo sé.

—¿Que lo sabes...?

—Sí, he mirado por la ventana de mi dormitorio, antes de salir de él.

—¿Y no te sorprende...?

—Oh, sí, mucho. Te iba a preguntar qué diablos sucede, pero tu visita me ha sorprendido tanto como ver el cielo oscuro a las nueve y media de la mañana. Como dijiste que...

—Sé muy bien lo que dije —le interrumpió la rubia—. Y sigo pensando igual que entonces, así que no pienses que estoy arrepentida de haberte mandado a la porra. Lo único que lamento es no haberlo hecho antes.

—Vaya.

—Bien, aclarado este punto, te diré por qué he roto la promesa que hice. Si he vuelto a poner los pies en tu apartamento es porque las circunstancias me han obligado.

—Vamos, dime ya lo que está pasando, Diliana.

—Agárrate a algo, Lex, porque te puedes caer de la impresión — advirtió la rubia.

—¿Me puedo agarrar a ti?

—¡Ni hablar! —exclamó Diliana, dando un salto hacia atrás.

Shilton sonrió.

—La misma Diliana de siempre... Unas veces dulce y cariñosa, y otras arisca y antipática.

¿Cuándo demonios vas a cambiar...?

—¡Nunca!

—Está bien, suéltalo de una vez.

—¿De verdad estás preparado, Lex?

—Claro.

—Muy bien, ahí va. La Tierra está paralizada.

* * *

Lex Shilton creyó no haber oído bien. —¿Que la tierra qué...?

—Ha quedado paralizado, Lex —repitió Diliana Birkin.

—¿Paralizada...?

—Sí, la noche pasada dejó de girar sobre sí misma. Por eso no ha amanecido en Washington. Ni en medio mundo. Y, en consecuencia, tampoco ha anochecido en el otro medio mundo. En todos aquellos países en donde era de día cuando la Tierra se quedó quieta, sigue siendo de día. Y en los que era de noche, sigue siendo de noche. Así de raro, pero también así de sencillo.

Lex Shilton, absolutamente perplejo, se sentó en la silla que tenía más próxima y se mesó maquinalmente el cabello, sin pronunciar palabra alguna.

Diliana Birkin sonrió de forma burlona.

—Se te han aflojado las piernas, ¿eh? Lex la miró, serio.

—¿Cómo te has enterado, Diliana?

—¿De que la Tierra está paralizada?

-Sí.

—Los noticiarios de las distintas cadenas de Televisión no paran de hablar del extraño y misterioso fenómeno que sufre nuestro planeta, aunque nadie conoce las causas. El primero que logre averiguar por qué la Tierra quedó paralizada anoche se hará más famoso que Cristóbal Colón.

—Seguro.

—Podemos ser nosotros, Lex. Shilton elevó las cejas.

—¿Nosotros...?

—Tú eres un excelente reportero, Lex. Y yo también lo soy. Lo hemos demostrado sobradamente. Si nos unimos, tendremos más posibilidades de averiguar por qué la Tierra ha dejado de girar.

A Shilton pareció gustarle la idea.

—Así que quieres que nos unamos, ¿eh?

—Pero sólo profesionalmente, no te engañes. De irnos a la cama, nada.

—Pues no lo pasábamos tan mal cuando nos acostábamos juntos.

—Tú lo pasas bien con cualquier mujer, Lex. Te gustan todas. Y en cuanto conoces a una. te la llevas a la cama. Yo me cansé de ser una más para ti. Por eso te mandé al cuerno. Por mujeriego, por embustero, y por cínico.

—¿Ya empezamos con los insultos...?

—No son insultos, son verdades. Aunque comprendo que te moleste oírlas. Shilton le apuntó con el dedo.

—Si quieres que trabajemos juntos tendrás que tratarme mejor, Diliana. No quiero

unirme a alguien que a cada dos por tres me esté insultando, que me ponga mala cara a todas horas, y que me mire con desprecio.

—Te trataré con respeto, siempre y cuando tú me respetes también a mí —respondió la rubia.

—Yo siempre te he respetado, Diliana.

—¡Ja!

—Está bien, no tengo ganas de discutir —rezongó Shilton, poniéndose en pie—. Trabajaremos juntos, Diliana, aunque no sé por cuánto tiempo.

—¡Eh, un momento! —exclamó la rubia—, ¿Qué has querido decir con eso…?

—Que puede que nuestra unión profesional se rompa. Y no por mi culpa, sino por la tuya.

—¡De eso, nada! Un trato es un trato, Lex, y si aceptas ahora unirte a mí, tendrás que llegar hasta el final. No quiero que te largues cuando estemos a punto de descubrir por qué la Tierra ha dejado de girar sobre sí misma, y luego digas que lo descubriste tú solo. Tenemos que compartir los honores, ¿está claro?

—¿Me crees capaz de arrebatarte los tuyos…?

—¡Naturalmente!

—Entonces será mejor que cada cual trabaje por su cuenta. Adiós, Diliana. La rubia se mordió los labios.

—Discúlpame, Lex. Lo he dicho sin pensar. Mo me fio de ti como hombre, pero sí como

profesional. Sé que no me harás ninguna jugada sucia y que llegarás hasta el final, si te comprometes a ello. Y eso es lo que yo quiero, que te comprometas.

—Lo pensaré mientras me ducho —dijo Shilton, y caminó hacia su dormitorio.

CAPITULO III

Diliana Birkin esperó a que Lex Shilton se introdujera en el dormitorio. Entonces fue hacia el salón, con intención de conectar el televisor y seguir escuchando lo que decían los noticiarios sobre el extraño fenómeno que padecía la Tierra, mientras Lex se duchaba, se vestía, y le daba una respuesta definitiva.

Diliana confiaba en que fuera afirmativa. Necesitaba a Lex.

Tanto, que estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de que accediera a trabajar con ella. De momento, ya se encontraba allí, en su apartamento, después de haber prometido que no volvería a poner los pies en él.

Había tenido que doblegar su orgullo. Y no había sido fácil.

Diliana alcanzó el salón, pero no conectó el televisor. Es más se olvidó por completo de él y de los noticiarios de las distintas emisoras de Televisión.

La culpa la tenía la túnica que yacía tirada en el suelo.

Diliana la recogió y la examinó, adivinando que pertenecía a la mujer que había dormido con Lex. Por si tuviera alguna duda, que no la tenía, sobre la mesa del salón se veían un par de copas.

Estaba, pues, muy claro que la juerga había tenido lugar en el apartamento de Lex, y que la chica de turno continuaba en él.

Diliana arrojó la túnica con rabia.

—¡Maldito!

Sintió deseos de largarse y no volver nunca más, pero pensó en lo que le ocurría a la

Tierra y eso hizo que continuara en el apartamento del sinvergüenza de Lex. Picada por la curiosidad, Diliana fue hacia el dormitorio de Lex.

Quería saber cómo era su última conquista.

La puerta del dormitorio estaba cerrada, pero Diliana la abrió lenta y silenciosamente, cosa de un palmo, y asomó la cabeza por el hueco.

Lex estaba en el baño. Se oía claramente el rumor de la ducha.

Ello hizo que Diliana se atreviera a entrar en el dormitorio y se aproximara a la cama, para observar de cerca a la chica que dormía en ella, completamente desnuda.

Kim Danvers no se enteró de que su cuerpo estaba siendo escrutado por los ojos de Diliana Birkin, porque su sueño seguía siendo profundo y haría falta un tambor para despertarla.

Diliana tuvo que reconocer que la nueva conquista de Lex no tenía desperdicio, lo cual, lógicamente, aún le enfureció más. Y, llevada de esa misma furia, tuvo una idea que no dudó en llevar a la práctica.

Agarró del azulado cabello a la bailarina y la tiró de la cama. Kim, naturalmente, se despertó.

—¿Qué demonios...? —exclamó, mirando a Diliana. Esta, con gesto amenazante, señaló la puerta y ordenó:

—¡Fuera!

La bailarina se puso en pie, sin molestarse en cubrirse las zonas más íntimas de su desnudo cuerpo.

—¿Quién eres tú para echarme?

—¡La esposa de Lex Shilton! Kim respingó con fuerza.

—¿Su esposa...?

—¡Desde hace más de tres años!

—Lex no me dijo que fuera casado...

—¡No se lo dice a ninguna!

—Entiendo.

—¡Vamos, fuera!

—Sí, ya me voy. Creo que dejé mi túnica en el salón... — dijo la bailarina, nerviosa.

—¡Allí está, tirada en el suelo!

Kim salió del dormitorio, sin perder tiempo buscando su minúsculo pantaloncito brillante. Diliana salió tras ella, advirtiendo:

—¡Como vuelvas a acostarte con mi marido, te arrancaré el pelo, zorra!

—¡Yo no lo sabía, ya se lo he dicho! —respondió la bailarina, que se colocó la túnica con mucha rapidez.

—¡Estoy harta de ese sinvergüenza de Lex, y como lo vuelva a pillar como otra mujer, los mato a los dos!

—Hará usted muy bien.

—¡Esfúmate, lagartona! —apremió Diliana, empujando a la bailarina con pocos miramientos.

Kim no protestó, pensando que la esposa de Lex estaba en su derecho de echarla de su casa de aquella madera. Alcanzó la puerta y salió del apartamento diciendo:

—Lo siento de veras, señora Shilton.

—Conque lo sientes, ¿eh?

—Le prometo que, lo que es conmigo, su marido no volverá a ponerle los cuernos. Una y no más, Santo Tomás.

—¡Largo, pájara! —dijo Diliana, conteniendo la risa.

—Sí, señora Shilton. Adiós, señora Shilton.

La bailarina se alejó con rapidez y Diliana cerró la puerta, riendo.

—¡Menudo susto le he dado! —exclamó—. Aunque aún se llevará otro mayor cuando salga del edificio y vea que sigue siendo de noche... ¡a las diez de la mañana!

* * *

Lex Shilton acabó de ducharse y cerró la llave del agua.

No se había enterado de lo que había pasado en su dormitorio, porque el ruido de la ducha le impidió oír las voces de Diliana Birkin y Kim Danvers.

Por eso, cuando se secó el cuerpo y salió del baño, con la toalla enrollada a la cintura, y

descubrió que su cama estaba vacía, no pudo reprimir un respingo.

—¡La bailarina! —exclamó.

Por si acaso se había caído de la cama, Lex la buscó por los alrededores de la misma, pero sólo encontró el diminuto pantaloncito brillante.

Recogió la descarada prensa íntima, la encerró en su mano para ocultarla, y salió rápidamente del dormitorio, temiendo que Diliana y Kim se estuvieran tirando ya del pelo.

Diliana se encontraba en el salón, tranquilamente sentada en el sofá, escuchando las noticias que, sobre el misterioso fenómeno que padecía la Tierra, seguían facilitando las diversas cadenas de Televisión.

Lex trotó hacia allí.

—¿Dónde está? —preguntó.

—¿Quién?

—¡La bailarina!

—Oh, es bailarina... —sonrió irónicamente Diliana—. ¿Y qué te bailó, la danza del vientre o la del fuego?

—Déjate de bromas y responde a mi pregunta.

—La chica se marchó, Lex.

—Con muchas prisas, ¿verdad?

—Efectivamente. ¿Cómo lo has adivinado...?

—Sólo así se explica que se dejara «esto» —Shilton abrió la mano y mostró la atrevida prenda íntima.

Diliana emitió una risita.

—Es verdad, no llevaba nada encima cuando salió de tu dormitorio. Se colocó su túnica y se largó. Como se levante un poco de viento, lo enseñará todo.

—La echaste tú, ¿verdad?

—¿Yo...?

—La despertaste, la sacaste de la cama, y la obligas te a abandonar el apartamento.

—¡Pero si yo no sabía que tenías una mujer en tu habitación!

—Lo adivinaste en cuanto viste su túnica.

—No la vi hasta que ella la recogió y se la puso.

—Mientras descaradamente, pero no importa. Lo que me sorprende es que Kim se dejara echar por ti.

—Yo no la toqué, te lo aseguro.

—¿Qué le dijiste, para que se largara a toda prisa?

—Que tienes la lepra. Shilton esbozó una sonrisa.

—No se lo hubiera creído.

—Tienes razón, no le dije eso, sino que estabas casado.

—¿Casado...?

—Sí, conmigo.

—¡Antes me arrojo por la ventana!

—¡Y yo, estúpido! —replicó Diliana, enfurecida por las últimas palabras de Lex—. ¡No habría peor castigo para mí que estar casada contigo!

—¿Estás segura de no desear ese «castigo»...?

Diliana saltó del sofá como si le hubieran clavado un alfiler en el trasero.

—¡Te voy a poner un ojo negro, Lex!

—¡Calma, que sólo ha sido una broma! —aseguró Shilton, dando un salto hacia atrás.

El salto, muy brusco, hizo que la toalla se aflojara y cayera al suelo, dejándolo desnudo como un gusano, lo que provocó las carcajadas de Diliana.

—¿Te has vuelto exhibicionista, Lex...?

Shilton escupió una maldición y se apresuró a recoger la toalla, envolviéndose nuevamente con ella.

—Ya basta, ¿eh, Diliana? —gruñó.

—Tienes razón, hablemos de lo que nos interesa. ¿Quieres que trabajemos juntos o no?

—Sí.

—¿Hasta el final?

—Sí.

—¿Me das tu palabra?

—Sí.

En los preciosos ojos de Diliana hubo un destello de satisfacción.

—Corre a vestirte, Lex. Vamos a empezar a trabajar ahora mismo —hizo saber.

CAPITULO IV

Lex Shilton regresó al dormitorio.

Cuando salió nuevamente de él, vestido ya, Diliana Birkin continuaba en el salón, con la mirada fija en la pantalla de televisión, de tamaño mural y empotrada en la pared.

Al ver a Lex, Diliana se levantó del sofá y apagó el televisor, utilizando el mando a

distancia.

—¿Algo nuevo sobre el fenómeno que padece la Tierra, Diliana? —preguntó Shilton.

—No, todo sigue igual —respondió la reportera—. Se está entrevistando a los más prestigiosos científicos de todo el mundo. Físicos, geólogos, astrólogos... Se barajan muchas hipótesis, pero, en concreto, nadie sabe por qué el globo terráqueo se ha cansado de girar sobre sí mismo. Es todo un misterio.

—¿Qué opinas tú del asunto, Diliana?

-¿Yo?

—Te conozco bien y sé que ya tienes formada tu propia hipótesis. De no ser así, no hubieras venido en mi busca.

Diliana sonrió.

—Tienes razón, tengo mi propia opinión sobre este extraño y misterioso suceso. Para mi, no se trata de ningún fenómeno geológico, como parecen afirmar la mayoría de los científicos. Quiero decir que la Tierra no se ha quedado paralizada sólo porque sí. Algo o alguien la ha paralizado. Algo y alguien, para ser exactos, porque ese «algo» ha tenido que ser causado por «alguien».

—Continúa, Diliana —pidió Lex, visiblemente interesado.

—Verás, pienso que la Tierra ha sido inmovilizada por alguna poderosa máquina, inventada y creada expresamente para eso, para paralizar nuestro planeta.

—¿Con qué intención?

—No lo sé. Con la de asustar a todos los habitantes del planeta, tal vez. Porque hay mucha gente ya asustada, ¿sabes? Los hay que piensan, incluso, que esto es el fin del mundo.

—¿Y quién puede haber creado esa poderosa máquina capaz de

inmovilizar planetas?

—Bueno, lo más probable es que se trate de gente de otro mundo.

—¿Extraterrestres...?

—Eso pienso yo, Lex. Aunque tampoco descarto la posibilidad de que sea cosa de algún científico de la Tierra, un poco chiflado él. En cualquier caso, la máquina que ha paralizado nuestro planeta ha tenido que actuar desde fuera del globo terráqueo.

—¿Por qué?

—Es pura lógica, Lex. En la Tierra tenemos pistolas y. fusiles de rayos paralizantes, ¿no? Y cuando se quiere paralizar a alguien, se le apunta con el arma antes de disparar. Es decir, que es necesario «ver» aquello que se quiere paralizar. Y lo mismo debe de ocurrir con esa poderosa máquina. Tiene que hallarse ubicada a una cierta distancia de la Tierra, para poder abarcar visualmente todo el planeta. Y, desde allí, paralizó nuestro mundo.

Shilton se pasó la mano por el cabello.

—Es una teoría interesante, no cabe duda —reconoció—. Tal vez un poco fantástico, pero...

—¿Acaso no es fantástico que la Tierra se haya quedado paralizada, Lex? —replicó

Diliana.

—Desde luego.

—No sé si mi hipótesis será acertada o no, Lex, pero la formé desde el primer momento y creo que debemos empezar a trabajar en ese sentido. Si estoy equivocada, mala suerte.

Shilton esbozó una sonrisa.

—Ahora comprendo por qué viniste en mi busca. Hay que salir de la Tierra, para investigar, y es necesario disponer de una nave pequeña, pero rápida y segura, como la mía. Y de un piloto valiente, decidido y experto, como yo. Trabajando juntos, ya tienes ambas cosas.

—Reconozco que eres un excelente piloto, Lex. Y que tu nave es ideal para salir de la Tierra y escrutar sus alrededores. Pero no vine en tu busca sólo por eso. Puedo alquilar una nave similar a la tuya, con piloto incluido —repuso la reportera.

—Te costaría muy caro, Diliana.

—No importa. Puedo pagarlo y tú lo sabes. Si pensé en ti es porque sé que no te asusta nada ni nadie. Y necesito un hombre así a mi lado en esta aventura, evidentemente peligrosa.

Shilton la abarcó de pronto por la cintura.

—¿Sólo en esta aventura, Diliana...?

Ella le puso las manos en el pecho y empujó.

—¡Suéltame, Lex!

—Prefiero tenerte cerca de mí.

—¡Prometiste que me respetarías!

—¿Te estoy faltando al respeto, acaso...?

—¡Sí, porque me estás abrazando sin mi consentimiento!

—Dame un beso y te suelto en seguida.

—¡Un guantazo, eso es lo que te voy a dar como no me sueltes!

—Me gustas cariñosa, no violenta. Y si me das el guantazo, en vez del beso, lo más probable es que nuestra unión profesional quede rota a los pocos segundos de propinarme el sopapo.

—¡Me diste tu palabra, Lex!

—Y pienso mantenerla, siempre y cuando tú no me des motivos

para romperla.

—¡Eso es chantaje!

—Sólo te estoy pidiendo un beso, Diliana, no que te metas en la cama conmigo.

—¡Pues no te lo doy!

—Entonces, te lo daré yo a ti —decidió Shilton, y la besó en los labios, apretadamente. La reportera forcejeó, pero sin desmelenarse, porque al fin y al cabo sólo se trataba de

un beso. Un beso que, en el fondo, ella deseaba recibir, porque le traía a la memoria momentos maravillosos. Los mejores que había vivido desde que se hiciera mujer.

Lex se dio cuenta de que el forcejeo de Diliana era más aparente que real, y se alegró, pues venía a demostrar que la reportera seguía sintiendo algo profundo por él.

Y no era odio, precisamente.

Sin embargo, ésa fue la palabra que pronunció la reportera cuando Shilton separó su boca de la de ella, casi dos minutos después.

—Te odio, Lex.

—Vámonos, embustera —sonrió Shilton, cogiéndola de la mano y tirando de ella.

* * *

El helimóvil de Lex Shilton se hallaba posado en la azotea del edificio, en el lugar que le correspondía, perfectamente señalizado. Lex y Diliana salieron del ascensor y caminaron hacia el aparato volador, echando más de una mirada al cielo, que seguía negro y tachonado de estrellas.

Como si fueran las doce de la noche, vamos.

El vigilante que prestaba sus servicios en la azotea andaba de un lado para otro, desorientado, nervioso, asustado, como la mayoría de los habitantes de Washington.

También estaba un poco cabreado, porque él hacía el turno de noche y debía ser reemplazado por la mañana por el vigilante que realizaba el turno de día, pero éste no había aparecido todavía.

El tipo, por lo visto, debía pensar que aún era de noche y seguía en la cama, esperando que la luz de la mañana penetrara por su ventana, como cada día.

Lex y Diliana alcanzaron el helimóvil, subieron a él, y el reportero puso el motor en marcha. Segundos des pues, el aparato se elevaba y comenzaba a sobrevolar los gigantescos edificios, en dirección al lugar en donde permanecía posada la nave de Lex Shilton.

Se trataba de un pequeño aeropuerto privado, ideal para naves como la del reportero. Lo divisaron en unos minutos, Lex posó su helimóvil en él, y se apearon.

Poco después, se hallaban en la nave del reportero, instalados en la cabina de mandos. Lex puso los motores en funcionamiento y la

pequeña nave despegó, cobrando rápidamente velocidad.

Cuando ya estaba saliendo de la Tierra, Lex pidió:

—Tráeme café, Diliana. He dormido muy poco y lo necesito.

—La bailarina te hizo «trabajar» a tope, ¿eh? —dijo la reportera, con ironía.

—Bueno, no fue suya la culpa —sonrió Lex—, Sucedió que acordamos divertirnos hasta que amaneciera, y como no amanecía nunca...

—¡Sinvergüenza! —barbotó Diliana, antes de salir de la cabina de mandos. Lex se echó a reír.

—¡Bien cargado, por favor! —rogó.

—¡Bien cuernos! —respondió la reportera.

Lex Shilton siguió riendo y manejando los mandos de su nave.

Diliana Birkin no tardó en regresar con sendas tazas de café. Le entregó una al reportero y volvió a sentarse en el sillón del copiloto, con la otra taza en las manos.

—¿Tú también has dormido poco, Diliana...? —preguntó Lex.

—¡Mucho más que tú, porque he dormido sola! —respondió la reportera.

—Claro, con ese carácter tan difícil...

—¡Pero qué carácter ni qué...! ¡Me sobran las proposiciones, para que te enteres!

—¿De veras?

—¡Todos los días recibo alguna!

—¿Y cuántas sueles aceptar...?

—¡A ti no te importa!

—Vamos, confiesa que me echas de menos.

—¡Cállate o te estrello la taza en la cabeza! —amenazó Diliana, realmente furiosa.

Lex rió, pero dejó de «pinchan) a la reportera, porque la creía muy capaz de cumplir su amenaza.

CAPITULO V

La nave de Lex Shilton llevaba ya casi tres horas recorriendo los alrededores de la Tierra, distanciándose, cada vez más, del planeta, pero seguían sin detectar la posible nave, terrestre o extraterrestre, en la que se hallase instalada la hipotética máquina que tenía paralizado el globo terráqueo.

Lex lanzó un suspiro y dijo:

—Creo que estamos perdiendo el tiempo.

—¿De verdad piensas eso? —repuso Diliana Birkin.

—Sí, cada vez estoy más convencido.

—Hay que seguir buscando, Lex.

—Nos estamos alejando demasiado de la Tierra, Diliana.

—Mientras podamos ver el planeta, no será demasiado.

—¿Por qué no admites que estabas equivocada?

—Es pronto para eso.

—Tu hipótesis es demasiado fantástica, reconócelo.

—Lo siento, pero me niego a admitir que la Tierra haya dejado de girar sobre sí misma porque se ha vuelto perezosa. O porque esté cansada. Sé que no se ha detenido por su propia voluntad, que la han obligado a pararse. Y tenemos que dar con el responsable de ese aparente fenómeno geológico.

Shilton compuso una mueca de escepticismo.

—¿De verdad crees que puede existir una máquina capaz de inmovilizar planetas, Diliana?

—Para mí es la explicación más lógica, Lex. Y lamento que tú no pienses como yo, porque vamos a seguir escrutando el espacio sideral próximo a la Tierra.

—No quieres darte por vencida, ¿eh?

—Tan pronto como tú, desde luego que no.

—Bien, puesto que te empeñas en continuar, prepárame algo de comer, porque tengo hambre —dijo Shilton.

—Yo también —confesó la reportera, y se levantó del sillón del copiloto. Shilton la cogió de la mano.

—¿No me merezco un premio, por acceder a seguir escrutando el espacio...?

—Si esperas un beso, ya puedes olvidarte de ello. Me robaste uno

en tu apartamento, pero no me dejaré sorprender de nuevo —aseguró Diliana, recobrando la libertad de su mano de un tirón.

Lex sonrió.

—Tú te lo pierdes, preciosa.

—Vete al diablo —gruñó la reportera, y dejó la cabina de mandos.

Cuando regresó, minutos después, lo hizo portando cuatro emparedados y un par de bebidas. Volvió a sentarse en su sillón y ella y Lex empezaron a comer.

Estaban terminando, cuando el radar detectó una nave que giraba alrededor de la

Tierra en órbita artificial, lejana, sospechosa.

—¡Creo que es lo que estábamos buscando, Lex! —exclamó Diliana, nerviosa.

—No te precipites, nena.

—¡Acerquémonos a esa nave y verás!

Shilton realizó la oportuna maniobra y su nave empezó a aproximarse a la misteriosa nave detectada por el radar. A continuación, Shilton trató de localizarla con la cámara telescópica, para saber cómo era la nave.

Por su diseño, sería fácil averiguar si se trataba de una nave terrestre o extraterrestre. La nave no tardó en aparecer en la pantalla.

—Ahí la tenemos, Diliana.

—¡Parece una nave terrestre, Lex! —exclamó la reportera.

—Efectivamente.

—Entonces, no es gente de otro mundo la que ha paralizado nuestro planeta…

—Bueno, aún no sabemos si esa nave es la responsable de la inmovilidad de la Tierra, Diliana.

—¡Te apuesto lo que quieras a que sí! ¡En esa nave viaja la máquina que dejó quieto nuestro mundo! ¡Y también el científico chiflado que la inventó1

—Pareces muy segura, ¿eh?

—¡Lo estoy, Lex, lo estoy!

—Bueno, pues tendremos que inventarnos algo para que nos permitan entrar en esa nave sin que sospechen de nosotros —dijo Shilton—. Sólo hallándonos en ella podremos averiguar si tu hipótesis es acertada o no.

Diliana Birkin se mordió los labios.

—Será muy arriesgado, ¿no?

—Evidentemente —asintió el reportero—. Si descubren nuestras verdaderas intenciones, tendremos muchos problemas para salir de esa nave e informar a las autoridades. Nos puede costar, incluso, la vida a los dos.

Diliana se estremeció.

—No me asustes, Lex.

—No era mi intención, te lo aseguro. Pero la verdad es que puede ocurrir. Y me consta que tú lo sabes. Eras plenamente consciente de que la aventura era peligrosa, cuando viniste en mi busca. Y por eso recurriste a mí, lo confesaste en mi apartamento.

—Es verdad.

—Yo, desde luego, estoy dispuesto a jugarme el pellejo. ¿Lo estás tú, Diliana?

—Sí, también. Confío en que, si las cosas se ponen feas, sabrás defenderme.

—Por supuesto. Aunque no sé si te lo mereces.

—No empecemos con los chantajes, ¿eh? —gruñó la reportera—. Si quieres defenderme, me defiendes, y si no, ya me las apañaré yo sola, pero no esperes ninguna recompensa especial si me sacas de algún apuro.

—¿Ni siquiera un beso...?

—Nada.

—Antipática.

—Olvídame, anda.

Lex Shilton sonrió y prestó atención a la misteriosa nave de diseño terrestre. Estaban ya tan cerca de ella, que podían verla directamente por el mirador de la cabina de mandos, sin necesidad de recurrir a la pantalla telescópica.

Lógicamente, el radar de la nave tenía que haber detectado su aproximación. Sin embargo, seguía en órbita artificial, sin aumentar ni reducir la velocidad, como si no temiera nada.

—Voy a tratar de establecer comunicación con ellos —dijo Lex.

—¿Y qué les dirás? —preguntó Diliana.

—Que tenemos problemas con los mandos.

—¿Se lo creerán?

—En principio espero que sí, después ya veremos. Diliana guardó silencio.

Lex hizo la llamada.

Por el momento, sin embargo, nadie respondió. Lex insistió, pero el resultado fue el mismo.

—No contestan. Es como si no hubiera nadie a bordo —comentó.

—Eso no puede ser —rezongó Diliana—. La nave tiene que estar tripulada.

—Lo mismo pienso yo, pero...

—Lo que pasa es que no quieren contestar. No se fían de nosotros, Lex.

—Pues, a pesar de todo, voy a pegar mi nave a la suya —decidió Shilton. Y así lo hizo.

Automáticamente, un corto túnel plegable se distendió y quedó herméticamente unido a la nave de Lex Shilton, para facilitar el paso de una nave a otra.

Lex y Diliana cambiaron una mirada.

—Parece que nos invitan a entrar —dijo él.

—Tengo la sensación de que vamos a caer en una trampa, Lex —confesó ella.

—¿Sugieres que nos larguemos?

—Me temo que no nos dejarían.

—Exactamente. Su nave es mucho más grande que la mía, y por tanto, más poderosa. Si intentáramos huir, lo más probable es que tratasen de destruirnos. Y tendrían muchas posibilidades de conseguirlo.

—Aceptemos su amable invitación, pues —dijo Diliana, con ironía.

—Vamos.

Se levantaron los dos y salieron de la cabina de mandos.

Antes de abrir la puerta de la nave, Lex se colocó un cinto, de!

que pendía una pistola de rayos láser. Mientras se b abrochaba, miró a Diliana y dijo:

—Tengo otra para ti. ¿La quieres?

—Por supuesto —respondió la reportera, sin dudar.

Lex le entregó otro cinto, con su correspondiente pistola de rayos láser, y Diliana se lo colocó.

—¿Lista, preciosa?

—Cuando quieras, Lex.

Shilton abrió la puerta de la nave y él y Diliana pudieron comprobar que la puerta de la otra nave había sido abierta ya, aunque no se veía a nadie.

Sin empuñar su arma, porque no lo creía conveniente, Lex Shilton se metió en el túnel. Diliana Birkin le siguió, sin empuñar tampoco su pistola. Aunque ganas no le faltaban, desde luego. Pero comprendía que no podían penetrar en la otra nave pistola en mano,

porque, con toda seguridad, sus tripulantes los recibirían a tiros.

Y debían de ser bastantes, a juzgar por el tamaño de la nave. Efectivamente, la tripulación de la misteriosa nave era numerosa.

Lex y Diliana pudieron comprobarlo en cuanto atravesaron el túnel y penetraron en la

nave, pues inmediatamente se vieron apuntados por no menos de una do cena de hombres, todos ellos jóvenes, fuertes, y armados con fusiles de rayos.

—¡Quietos! —ordenó uno de los tipos—, ¡Si tocáis vuestras armas, dispararemos sin dudar!

CAPITULO VI

Lex Shilton, en un alarde de serenidad y sangre fría, abarcó con la mirada a la docena de hombres armados y preguntó:

—¿Qué clase de recibimiento es éste? ¿Por qué tantos hombres? ¿Por qué tantos fusiles?

—¡Silencio! —ladró el tipo que les ordenara quedarse quietos y no tocar las pistolas de

rayos láser—, ¡Ya hablaréis cuando se os interrogue!

—¿Interrogamos...?

—¡He dicho silencio! —gritó el individuo.

—¿Eres tú quien manda en esta nave?

—¡No!

—¿Quién da las órdenes, pues?

—¡Ya lo sabréis!

Lex le apuntó con el dedo.

—No me gusta tu forma de tratarnos, ¿sabes? No somos delincuentes, sino simples...

—¡Cierra el pico de una vez! —rugió el tipo—. ¿O prefieres que te lo cierre yo a golpes...?

Shilton iba a replicar, pero Diliana Birkin lo cogió del brazo y rogó:

—Obedece, Lex. Ese tipo tiene malas pulgas.

—Mis puños son el mejor insecticida. Y se lo demostraré, como siga en plan bravucón

—rezongó el reportero.

El tipo, que no había oído las palabras intercambiadas por Lex y Diliana, ordenó:

—¡Desarmadlos!

Dos hombres se aproximaron a Lex y Diliana, y les arrebataron las pistolas. Entonces, el fulano que daba las órdenes indicó:

—¡Llevémoslos a presencia del jefe!

Los hombres que acababan de desarmar a Lex y Diliana los empujaron con brusquedad.

—¡Vamos, moveos! —barbotó el que había empujado a Lex.

El reportero sintió deseos de revolverse y estrellarle el puño en la

cara al tipo, pero supo contenerse.

—Vaya modales —masculló.

—No pierdas la calma, Lex —rogó Diliana, temiendo que el reportero la emprendiera a puñetazos con alguno de los tripulantes de la nave, y ello trajera graves consecuencias para ambos.

Afortunadamente, Lex supo mantener la serenidad y no pasó nada.

Poco después, Lex y Diliana eran introducidos en una sala rectangular, lujosamente decorada. El ambiente era claramente oriental, con abundancia de almohadones de vivos colores esparcidos por el suelo, a su vez cubierto de mullidas alfombras.

Al fondo de la sala, recostados sobre algunos de los almohadones, había un hombre y una mujer, comiendo unas hermosas uvas negras entre beso y beso, o caricia y caricia.

El hombre, que aparentaba unos cuarenta y cinco años de edad, era grandote,

musculoso, y llevaba el cráneo afeitado. Tenía las facciones duras y la mirada penetrante. Vestía una túnica roja, brillante, y de su cuello pendía una gruesa cadena de oro con un medallón, en el que permanecía incrustado un diamante de incalculable valor.

La mujer, de unos veinticinco años, también luda una túnica, pero de color ámbar y

mucho más fina que la del hombre, lo que permitía vislumbrar su hermoso cuerpo, esbelto, felino, realmente turbador. Tenía el pelo muy rubio, casi plateado, los ojos verdosos, los dientes menudos y brillantes como perlas, y los labios llenos, húmedos, apetecibles.

Lex y Diliana fueron obligados a aproximarse al hombre y a la mujer, que ya se estaban fijando en ellos.

—Los tripulantes de la pequeña nave que nos detectó, jefe —dijo el tipo que amenazara a Lex.

—¿Ofrecieron resistencia, Boris? —preguntó el hombre del cráneo afeitado.

—Ninguna.

—¿Quiénes sois?

—Mi nombre es Lex Shilton —respondió el reportero—. Y el de ella, Diliana Birkin. ¿Con quién tenemos el gusto de hablar...?

—Soy Vladimir Bogatirov.

—¿Y ella...? —preguntó Lex, posando su mirada en la mujer.

—Se llama Verena.

—¿Es su esposa, señor Bogatirov?

—No, sólo mi amante.

—Ya.

Vladimir Bogatirov comió una uva y preguntó:

—¿Por qué os aproximasteis a mi nave, Shilton?

—Teníamos problemas con los mandos de la nuestra.

—¿De veras?

—Intentamos establecer comunicación con ustedes, para que nos autorizasen a pasar a su nave, pero no atendieron nuestra llamada. ¿Por qué no contestaron, señor Bogatirov...?

—Prefiero hablar personalmente con la gente —respondió Vladimir, con ironía.

—Sus hombres nos dispensaron un feo recibimiento, señor Bogatirov.

—¿En serio…?

—Sí. Y me consta que usted lo sabe. Vladimir Bogatirov sonrió.

—Efectivamente, le di instrucciones a Boris. Teníamos que tomar precauciones, debéis comprenderlo.

—¿Por qué? ¿Qué podían temer de nosotros?

—Nunca se sabe, amigo mío.

—Boris se pasó, señor Bogatirov. Y exijo que se disculpe.

—¿De veras se pasó…?

—Nos trató como si fuéramos carroña. Y me amenazó con golpearme, Vladimir miró al tipo que daba las órdenes al resto de los hombres.

—¿Es eso cierto, Boris?

—Sí, jefe.
—Discúlpate, pues.
—En seguida.
Boris realizó un rápido movimiento y golpeó en el estómago a Lex Shilton, con la culata de su fusil de rayos. El culatazo, fuerte y doloroso, obligó al reportero a emitir un grito, al tiempo que se llevaba las manos a la zona castigada y se dejaba caer de rodillas.
Vladimir Bogatirov rompió a reír, siendo imitado por Verena, su amante.
—¡Olvidé decirte que Boris tiene una forma muy especial de disculparse, Shilton! Diliana, que se había arrodillado junto a Lex, no pudo contenerse y gritó:
—¡Es usted un salvaje, Boris!
Este hizo ademán de abofetearla, pero la voz de Vladimir le detuvo:
—¡Quieto, Boris!
—¡Me ha llamado salvaje, jefe!
—Lo eres.
—¿Es que va a darle la razón a la chica...?
—No quiero que la maltrates, Boris. Es muy atractiva. Y tiene una figura espléndida. Diliana se alegró de que Vladimir Bogatirov impidiera que el bestia de Boris la
abofeteara, pero no le gustó nada la forma en que el tipo del medallón la miró.
La estaba desnudando con los ojos.
Y debía de estar pensando cada cosa...
Verena pareció adivinar los pensamientos de Vladimir, ya que frunció el ceño y dijo:
—Yo soy más guapa que ella. Y poseo mejor cuerpo.
—Desde luego, nena —asintió Vladimir, besándola y acariciándola, para que no sintiera celos de Diliana.
Lex, recuperado ya del culatazo en el estómago, se irguió, ayudado por Diliana, y dijo:
—Pido permiso, señor Bogatirov.
—¿Para qué?
—Para darle una lección al cerdo de Boris.
Este enrojeció de ira e hizo ademán de golpear de nuevo al reportero con su fusil, pero la voz de Vladimir volvió a sonar con

autoridad:

—¡Quieto, Boris!

—¡Me ha llamado cerdo, jefe!

—Lo he oído.

—¡Tengo que hacerle tragar el insulto!

—Estoy de acuerdo, pero no así. Shilton te ha retado, pensando que puede vencerte. Acepta su reto, Boris, y demuéstrale que peleas mejor que él.

Boris sonrió.

—¿De veras quiere que pelee con el tipo, jefe...?

—Me apetece presenciar una buena lucha, sí —respondió Vladimir, sonriendo también.

—¡Y a mí! —exclamó Verena, demostrándolo con aplausos.

—¡Pelearemos, pues! —dijo Boris, y entregó su fusil de rayos a uno de los hombres que vigilaban a Lex y Diliana.

Esta agarró del brazo a Shilton y murmuró:

—No debiste hacerlo, Lex.

—¿El qué?

—Retar a ese animal.

—Quiero cobrarme el golpe que me dio.

—El tipo parece muy fuerte, Lex.

—Tampoco yo estoy hecho de gelatina.

—Lo sé, pero después de tu noche de juerga con esa bailarina tan fogosa no creo que andes muy sobrado de energías.

—Conservo las suficientes como para vencer a dos tipos como ése.

—Así sea, porque si no...

—¿Quieres apostar algo?

—¿Qué sugieres?

—Un beso de los buenos.

—De acuerdo —aceptó Diliana, con una ligera sonrisa, porque seguía estando preocupada por el resultado de la pelea que iban a sostener Lex y el salvaje de Boris.

CAPITULO VII

La lucha había comenzado ya.

Boris fue el primero en atacar, tratando de arrollar desde el primer momento a su rival, pero Lex Shilton demostró que sabía de qué iba la cosa y no se dejó alcanzar por los puños de su contrincante, ni atrapar por él.

Y no se conformó con eso, sino que contraatacó en cuanto tuvo oportunidad, poniendo de manifiesto que era más hábil que su rival, ya que sus puños llegaron por dos veces al rostro de Boris y una más a la caja torácica.

Boris rugió, furioso, y volvió de nuevo a la carga.

Sus compañeros le animaban, conscientes ya de que Boris tenía ante sí a un rival experto y peligroso, difícil de derrotar.

—¡Duro con él, Boris!

—¡Dale fuerte!

Vladimir Bogatirov seguía con mucha atención la pelea, lo mismo que Verena. Pero no por ello habían dejado de comer uvas negras ninguno de los dos.

Es más, se las zampaban más de prisa, sin duda a causa de la emoción de la pelea. Diliana Birkin, nerviosa, animaba a Lex Shilton.

—¡Así, Lex, así! ¡Bien, muy bien! ¡No te dejes sorprender por ese pedazo de mula! Shilton, siempre sereno, burló el último golpe de su rival y, antes de que éste pudiera

enmendar su fallo, le clavó la zurda en el hígado y le arrancó un bramido de dolor.

Boris, muy a su pesar, se dobló hacia adelante, b cual le vino de perillas al reportero para asestarle un golpe en la nuca, propinado con el canto de su mano derecha.

El hachazo hizo que Boris cayera a los pies de Lex. Dio la impresión de que quería lamerle las botas.

El reportero levantó la derecha y se la puso en el cuello a su rival, pisándoselo.

—¡Ríndete, Boris!

—¡No!

—¡Estás vencido!

Boris se agitó, pero el pie de Lex presionó aún con más fuerza sobre su cuello y el dolor se acentuó considerablemente.

—¡Ríndete o te trituro el cuello! —amenazó el reportero.

Boris estaba sufriendo mucho, pero no quería aceptar su derrota.

Vladimir Bogatirov, consciente de que era irremediable, miró significativamente a los dos hombres que vigilaban a la pareja de reporteros.

Los tipos entendieron y entraron inmediatamente en acción, golpeando el de la

derecha a Lex Shilton en la espalda, con la culata de su fusil.

Lex dio un grito y se derrumbó.

Entonces, recibió un segundo golpe, esta vez en la cabeza, propinado por el tipo de la izquierda, quien utilizó también la culata de su fusil de rayos.

El reportero quedó inconsciente.

Diliana Birkin, rabiosa, le atizó una patada en el estómago al individuo que acababa de

golpear a Lex Shilton en la cabeza y lo obligó a encogerse, emitiendo un rugido de dolor.

—¡Cobardes!

El otro tipo sintió deseos de golpear a la reportera, pero como Vladimir Bogatirov no quería que la maltratasen, saltó sobre ella y la sujetó por detrás.

—¡Quieta, rubia!

—¡Suéltame, cerdo! —ordenó Diliana, forcejeando con él.

—¡Obedece o...!

El tipo no pudo acabar la frase, porque Diliana disparó su codo derecho hacia atrás y se lo incrustó en el hígado, causándole un dolor terrible.

El individuo no tuvo más remedio que soltarla y encogerse, al tiempo que se llevaba la mano a la zona arponeada.

Diliana se revolvió con rapidez y elevó su rodilla, estrellándola en la cara del tipo.

—¡Encaja esto, puerco!

El individuo chilló y cayó al suelo, rodando por él con el rostro ensangrentado.

Diliana se volvió hacia el otro tipo, el que recibiera la patada en el estómago. Resultó muy oportuno, porque el sujeto ya se disponía a caer sobre ella.

La reportera, sin pensárselo dos veces, disparó de nuevo la pierna y le golpeó un poco más abajo que la otra vez. Es decir, en sus órganos masculinos.

El tipo, lógicamente, aulló y se desmoronó en el acto, rabiando de dolor. Empezó a revolcarse por el suelo, agarrándose lo que tanto le dolía.

Vladimir Bogatirov se puso a aplaudir.

—¡Bravo! ¡Magnífico! ¡Sensacional! Verena, lo miró, ceñuda.

—¿Le aplaudes, encima...?

—¡La chica se lo merece!

—¡Lo que se merece es una buena paliza! Bogatirov se echó a reír.

—No digas eso, Verena. Se ha enfrentado a dos hombres y tos ha vencido espectacularmente. Merece mis felicitaciones.

—Si la chica merece las tuyas, el tipo merece las mías, porque le dio toda una lección a

Boris —repuso ella—. Todavía se está agarrando el cuello.

Era cierto.

Boris seguía en el suelo, masajeándose el cuello, tan dolorido que apenas podía mover la cabeza. Entre el hachazo y el pisotón, le habían dejado prácticamente inútil.

Y eso mismo le llamó Vladimir.

—¡Eres un inútil, Boris!

—Lo siento, jefe. Yo...

—¡En pie, maldita sea!

Boris hizo un gran esfuerzo y consiguió incorporarse. Vladimir lo fulminó con la mirada.

—¡Shilton te humilló, Boris!

—Me sorprendió, jefe. No creí que peleara tan bien.

—Es todo un espectáculo verlo pelear —dijo Verena—. Y es tan apuesto... Bogatirov se volvió hacia ella como picado por una avispa.

—¡Cuidado con lo que dices, Verena!

—¡Tú también piropeaste a la chica, Vladimir!

—Quieres darme celos, ¿no es eso?

—¡Tú me los diste antes a mí!

—¡Y ahora te voy a dar un buen par de bofetadas, como no te calles! Verena echó la cremallera.

Conocía bien a Vladimir y sabía que le daría el par de bofetadas si seguía replicándole. Y cada bofetada de Vladimir valía por tres, porque tenía las manos grandes y duras.

Bogatirov volvió a encararse con Boris y masculló:

—Yanis y Ulf no quedaron mejor que tú. La chica pudo con los dos, así que debería castigaros a los tres, por torpes.

Boris observó a sus compañeros.

Yanis, el que recibiera el rodillazo en la cara, ya se estaba incorporando, pero Ulf, el de la patada en el bajo vientre, seguía rabiando de dolor.

Diliana, quieta y callada, temía un nuevo ataque de los hombres de Bogatirov y no perdía de vista a ninguno de los tres. Permanecía muy cerca de Lex, quien continuaba inconsciente.

—Ayuda a Ulf, Yanis — dijo Boris.

Yanis se acercó a su compañero y consiguió levantarlo. Entonces, Vladimir Bogatirov indicó:

—Encerradlos a los dos, Boris.

—¿Por qué? —preguntó Diliana.

—El interrogatorio aún no ha terminado. Cuando Shilton vuelva en sí, continuaremos.

—¡Ya le explicamos por qué nos aproximamos a su nave, señor Bogatirov!

—Sí, pero eso de que teníais problemas con los mandos de la vuestra, no me convenció.

—¡Es la verdad!

—No, estoy seguro de que no lo es. Sé que Shilton y tú andáis buscando algo, Diliana. Algo relacionado con la inmovilidad que desde anoche padece la Tierra. ¿O vas a decirme que no sabíais que la Tierra quedó paralizada anoche...?

—Por supuesto que lo sabíamos.

—Naturalmente. Por eso salisteis del planeta, intuyendo tal vez que la causa de la inmovilidad de la Tierra se halla fuera de ella.

¿No es cierto...?

Diliana se apretó las manos con evidente nerviosismo.

—Bueno, es cierto que Shilton y yo salimos de la Tierra con el propósito de investigar la causa de la inmovilidad del planeta, pero eso no tiene nada que ver con nuestra aproximación a su nave.

—¿Seguro?

—Le doy mi palabra.

—¡Está mintiendo, Vladimir! —exclamó Verena.

—Es posible — dijo Bogatirov.

—Le repito que teníamos problemas con los mandos, señor Bogatirov —insistió Diliana—. De no haber sido por eso, no nos hubiéramos aproximado a su nave. ¿Qué interés podíamos tener en visitarla...? ¡Es obvio que aquí no puede estar la causa de la

inmovilidad de la Tierra!

Vladimir sonrió extrañamente.

—¿Estás segura, preciosa?

—¡Naturalmente!

—Pues lo está.

—¿Eh...?

—Yo soy el responsable de la inmovilidad del planeta —confesó Vladimir Bogatirov, y se echó a reír.

CAPITULO VIII

Cuando Lex Shilton volvió en sí, se encontró tumbado boca arriba en el suelo de una reducida estancia, en la que, aparte de él y de Diliana Birkin, no había absolutamente nada.

La reportera estaba sentada en el suelo, junto a él, y en cuanto le vio abrir los ojos exclamó:

—¡Lex!

Shilton irguió lentamente el torso y quedó sentado en el suelo, como ella Se llevó la mano a la cabeza y rezongó:

—Me quedé sin beso, ¿no?

—¿Sin beso?

—Perdí la pelea.

—No es cierto. Le diste una soberana paliza a Boris. Y hasta le pisaste el cuello. Por eso intervinieron los otros dos tipos. Vieron que Boris estaba vencido y te golpearon cobardemente por la espalda, dejándote inconsciente.

—¿Te causaron algún daño a ti. Diliana?

—No, se lo causé yo a ellos.

—¿Qué?

—No pude contenerme y...

La reportera refirió su pelea con Yanis y Ulf. Shilton sonrió y dijo:

—Eres extraordinaria. Diliana.

—Más extraordinario es lo que he averiguado.

—¿De veras?

—Mi hipótesis era acertada, Lex. Vladimir Bogatirov es el responsable de que la Tierra haya dejado de girar sobre sí misma. Tiene a bordo una poderosa máquina, inventada por el profesor Rybkoski, un científico que no parece estar en sus cabales. Bogatirov financió el proyecto y la máquina fue construida. Con gran sorpresa por parte de Bogatirov, pues la verdad es que no tenía demasiadas esperanzas de que el invento del profesor Rybkoski funcionase, la máquina fue probada anoche y... la Tierra quedó paralizada. Y seguirá así mientras Vladimir Bogatirov no decida lo contrario.

—¿Cómo has averiguado todo eso, Diliana?

—Me lo dijo el propio Bogatirov, antes de ordenar a sus hombres

que nos encerrasen en esta especie de celda sin rejas, de la que mucho me temo no tendremos la menor posibilidad de escapar.

—¿Te dijo, también, lo que pretende?

—No.

—Es lógico pensar que desee sacar algún provecho del invento del profesor Rybkoski. De no ser así, no habría financiado el proyecto de ese científico chiflado. La máquina habrá costado mucho dinero y no creo que Vladimir Bogatirov se conforme con jugar con ella de vez en cuando, paralizando la Tierra y prolongando a su capricho las noches de una parte del planeta y los días de la otra parte.

—Lo mismo pienso yo, Lex. Y me asustan los planes que pueda tener Bogatirov, ¿sabes?

—¿Por qué?

—En el fondo, creo que está tan chiflado como el propio profesor Rybkoski. Y de una persona chiflada, se puede esperar cualquier barbaridad.

—Trataremos de que no cometa ninguna.

—¿Nosotros...?

—Sí.

—¿Olvidas que estamos encerrados, Lex? Y lo estamos porque Vladimir Bogatirov no se tragó el cuento de que teníamos problemas con los mandos de la nave. Sospecha de nosotros y nos tendrá vigilados día y noche. No podremos intentar nada.

—Ten confianza en mi, Diliana. Encontraré la manera de salir de aquí, te lo prometo. Y, cuando lo consigamos, trataremos de llegar hasta la sala en donde se halla instalada la máquina creada por el profesor Rybkoski. Y si lo logramos, destruiremos el invento de ese chiflado y la Tierra volverá a girar sobre sí misma, como siempre.

—No sé en qué sala está la máquina, Lex.

—Lo averiguaremos, no te preocupes. Lo importante es salir de esta especie de celda sin rejas, como tú lo llamaste —dijo Shilton, y se puso en pie.

Tuvo que agarrarse 1a espalda, con claro gesto de sufrimiento, porque acusaba el

culatazo que le propinara Yanis. Y también le dolía la cabeza, como consecuencia del golpe que le asestara Ulf, asimismo con la culata de su fusil de rayos.

Diliana se irguió también y lo cogió del brazo.

—¿Te encuentras mal, Lex?

—No, sólo estoy un poco dolorido.

—Te golpearon duro.

—No te preocupes, estoy bien. Prueba de ello es que deseo que me des el beso que me prometiste. Si crees que me lo gané, claro.

La reportera sonrió ligeramente.

—Te lo ganaste, Lex.

—Dámelo, pues —dijo Shilton, pasándole los brazos por la desnuda cintura.

Diliana alzó sus manos, las posó sobre los robustos hombros del

reportero, y la besó en los labios corno ella sabía hacerlo, cuando quería.

Lex la estrechó contra sí con fuerza.

Ya no se acordaba de que le dolía la espalda y la cabeza, sólo pensaba en el cuerpo maravilloso que sus brazos apretaban, y que tantas veces había contemplado desnudo con sus ojos y recorrido con sus manos, hasta hacerlo estremecer de placer y vibrar de gozo.

Cuando separaron sus bocas, se miraron a los ojos y Shilton dijo:

—¿Por qué dejamos de vernos, Diliana?

—Lo sabes perfectamente, Lex.

—Ninguna otra mujer significa para mí tanto como tú, te lo juro.

—Eso no son más que palabras.

—No, es la pura verdad.

—La única verdad es que te acostabas conmigo y con muchas más.

—Lo hacía para adquirir experiencia.

—Te sobra, cínico. Shilton sonrió.

—Vuelve conmigo, Diliana, y te prometo que serás la única mujer con la que yo haga el amor.

—No hagas promesas que no puedes cumplir, Lex.

—Te quiero, Diliana.

—Y o, en cambio, te odio.

—Eso no es verdad. Estás tan loca por mí como yo por ti.

—Te equivocas, Lex. Si estuviera loca por ti. no te hubiera mandado a la porra.

—Al contrario. Me dejaste porque me quieres y no puedes soportar que me divierta con otras mujeres. Me quieres sólo para ti. Y sólo para ti me tendrás, te lo prometo. Y es una promesa que no pienso romper, créeme.

—No tendrás necesidad, porque no pienso volver contigo.

—¿Qué es lo que quieres, que te lo pida de rodillas?

—Que me olvides, eso es lo único que quieres.

—No podré. Y tú tampoco a mí, aunque digas lo contrario.

—Bueno, dejemos ya el tema. Te prometí un beso y te lo he dado, así que suéltame.

—¿No quieres darme otro?

—No.

Shilton iba a insistir, cuando, de repente, la puerta se abrió y Boris penetró en la estancia, acompañado de tres hombres. Los cuatro portaban fusiles y apuntaron con ellos a la pareja de reporteros.

Boris miró con odio a Lex y mascculló:

—Ya has vuelto en sí, ¿eh, Shilton?

—Eso parece —respondió el reportero, sin separarse de Diliana.

—Más tarde me ocuparé de ti. Ahora suelta a tu amiga.

—¿Por qué?

—Se la vamos a llevar a Vladimir Bogatirov. Quiere hablar a solas con ella.

CAPITULO IX

Diliana Birkin se estremeció.

Sospechaba qué clase de «conversación» deseaba Vladimir Bogatirov mantener con ella. Le había gustado su cara y su cuerpo, y sin duda quería divertirse con ella sin que se enterara Verena, su celosa amante.

¿O conocería Verena sus intenciones...?

En cualquier caso, Diliana no estaba dispuesta a caer en los musculosos brazos de Vladimir, porque éste no le gustaba lo más mínimo y prefería ser golpeada a verse poseída por él.

Por eso, continuó en brazos de Lex Shilton y dijo:

—No pienso ir, Boris.

—¿Qué...?

—Ya hablé todo lo que tenía que hablar con Vladimir Bogatirov. Puedes decírselo. Boris adquirió un aspecto claramente amenazante.

—¡Cuando el jefe da una orden, hay que acatarla, estúpida! ¡Si no vienes por las buenas, te llevaremos a rastras!

Lex Shilton protegió con su cuerpo a Diliana Birkin.

—Os cuidaréis mucho, Boris.

—¿Cómo...?

—Nosotros no estamos a las órdenes de Bogatirov, así que no tenemos por qué lamerle las botas. Si quiere decirle algo a Diliana, que venga aquí y se lo diga en mi presencia. O eso, o nos lleváis a los dos a la suya nuevamente. Tú verás, compañero.

Los dientes de Boris rechinaron de rabia.

—¡Puedo liquidarte ahora mismo, Shilton! —dijo, apretando su fusil de rayos.

—Sé que te encantaría accionar el gatillo, para vengarte de la paliza que te di, pero no lo harás sin que te lo ordene Bogatirov —repuso el reportero.

—¡No estés tan seguro!

—Lo estoy, bocazas.

Boris sufrió un ataque de ira y saltó sobre Lex, con intención de golpearle con su fusil. Era lo que el reportero esperaba y deseaba, para poder entrar en acción.

Y lo hizo, evitando primero que Boris descargara su arma contra él y empujándolo después contra los tres hombres que le acompañaban, con tanta violencia, que los tres cayeron al suelo.

—¡A ellos, Diliana! —exclamó Shilton, porque necesitaba la colaboración de la

reportera para reducir a los cuatro hombres que pretendían llevarla a presencia de

Vladimir Bogatirov.

Y Diliana, claro, no dudó en prestársela.

Boris recibió un patadón en la mandíbula, propinado por Lex, y perdió un par de dientes. Y casi perdió, también, el conocimiento. Naturalmente, soltó su fusil.

Shilton se hizo rápidamente con el arma y utilizó su culata para dormir a uno de los tipos que habían sido arrollados involuntariamente por Boris.

El golpe, en la cabeza, fue tremendo.

Entretanto, Diliana había saltado sobre otro de los hombres y le había pisado la cara, haciendo chocar la parte posterior de su cráneo contra el suelo, duramente.

Tan duramente, que el tipo perdió el conocimiento en el acto.

El otro individuo, el que aún no había recibido ningún golpe, le dio una patada a Lex y lo hizo caer. Diliana lo vio y le atizó un patadón en la oreja; dejándolo completamente sordo de ese oído.

El tipo chilló y se agarró la oreja, alegrándose de encontrarla entera, pues temía haber perdido la mitad de ella. Diliana se apoderó velozmente del fusil del otro fulano, el que había sido puesto fuera de combate por ella, y lo utilizó como cachiporra.

El objetivo, naturalmente, fue la cabeza del tipo que recibiera el patadón en la oreja. Y

en ella percutió el arma, con mucha dureza, dejando al individuo sin sentido.

Lex Shilton ya se había incorporado, con el fusil de Boris en las manos.

—¡Bravo, Diliana!

La reportera se volvió, sin soltar tampoco el fusil que había empleado como cachiporra.

—¡Hemos podido con ellos, Lex!

—Así es —sonrió el reportero.

—¡Y eso que eran cuatro!

—Tú y yo, juntos, podríamos con un regimiento. Diliana rió.

—Gracias por haberme defendido, Lex. Sé lo que Vladimir Bogatirov quería de mí.

—Yo también.

—Será mejor que salgamos de aquí, ¿no crees?

—Boris no está inconsciente. Nos guiará hasta la sala en donde se halla instalada la máquina que mantiene inmovilizada a la Tierra y además nos servirá de escudo.

—¡Excelente idea! —exclamó Diliana. Shilton le dio en leve puntapié a Boris.

—¡Tú, arriba!

El tipo se llevó la mano a la boca, totalmente ensangrentada.

—Maldito hijo de...

El reportero le clavó el cañón del fusil en las costillas y le

arrancó un grito de dolor.

—¡No estás en condiciones de insultar, Boris! ¡Si no cierras tu sucia boca, te lo haré pasar mal!

El tipo lo maldije, pero con el pensamiento, para no verse golpeado de nuevo.

—¡Vamos, en pie! —ordenó de nuevo Shilton. Boris obedeció.

Le supuso un gran esfuerzo levantarse, pero lo consiguió.

Lex y Diliana le apuntaban con los fusiles. El reportero dijo:

—Vas a llevarnos a la sala donde está la máquina inventada por el profesor Rybkoski, Boris.

—¿Para qué?

—Eso no te importa. Tú limítate a conducirnos hasta allí.

—No puedo.

—¿Que no puedes...?

—El jefe me mataría.

—¿Y qué crees que haré yo, si no nos llevas?

Boris miró el cañón de rayos que empuñaba Lex y no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Sería capaz de...?

—Puedes estar seguro de ello.

Boris, tras unos segundos de vacilación, dijo:

—Está bien, os guiaré hasta allí. Pero os puede costar la vida a los dos, os lo advierto. Shilton sonrió.

—¿Pretendes asustarnos, Boris?

—No, es la verdad.

—Vamos, muévete de una vez. Y no intentes ninguna jugarreta, porque te costana muy caro —advirtió el reportero.

Boris salió de la pequeña estancia, seguido de Lex y Diliana, que fue quien cerró la puerta, quedando encerrados en el interior los tres hombres que se hallaban inconscientes.

* * *

La sala en donde se hallaba instalada la poderosa máquina que mantenía paralizada a la Tierra tenía una amplia puerta de guillotina, custodiada por dos hombres armados con fusiles.

Se trataba de una custodia permanente, ya que Vladimir Bogatirov no quería que nadie

entrase en la sala bajo ningún pretexto. Sólo él podía entrar y salir cuando le venía en gana, y charlar con el profesor Rybkoski, quien no se apartaba de la compleja máquina inventada y creada por él.

Lex Shilton y Diliana Birkin, guiados por el maltrecho Boris, veían ya la puerta de la sala. No se habían tropezado con nadie desde que abandonaran la pequeña estancia en donde permanecieron encerrados, y Boris no había intentado nada.

Los dos hombres que montaban vigilancia frente a la puerta de la sala todavía no habían descubierto a Lex y Diliana, ya que éstos apenas se dejaban ver.

—Tenemos que librarnos de esos dos tipos, Diliana —dijo Shilton.

—¿Cómo, Lex?

—Les ordenaré que arrojen sus armas.

—¿Y si no obedecen...?

—No tendremos más remedio que disparar sobre ellos.

—De acuerdo.

—Vamos, Boris. Sal tú primero —ordenó Lex. El tipo se resistió.

—Queréis utilizarme como escudo, ¿eh?

—Así tus compañeros no dispararán.

—No estoy muy seguro.

—Yo tampoco, la verdad —confesó el reportero. Boris sintió frío en la espalda.

Sabía que podía morir.

Por eso se resistía a dejarse ver.

No tuvo más remedio que hacerlo, sin embargo, por que Lex lo empujó y lo hizo salir. Lex y Diliana salieron tras él y apuntaron a la pareja de guardianes.

—¡Arrojad las armas, rápido! —ordenó Shilton.

Los tipos, tras unos breves segundos de desconcierto, dispararon sobre la pareja de reporteros, sin pensar que Boris podía resultar alcanzado por alguno de los rayos.

Boris les adivinó la intención y se arrojó velozmente al suelo.

Lex y Diliana no se dejaron sorprender y accionaron antes los disparadores de sus

respectivos fusiles, logrando que el par de rayos alcanzasen a la pareja de vigilantes.

Los tipos gritaron desgarradoramente y se derrumbaron, con el pecho materialmente destrozado. Cuando tocaron el suelo eran prácticamente cadáveres.

CAPITULO X

Boris, desde el suelo, contempló los cuerpos sin vida de la pareja de vigilantes. No lamentó, sin embargo, su muerte, porque ellos habían estado a punto de causar la suya con sus disparos.

Si no se hubiera arrojado al suelo tan a tiempo, ahora estaría tan muerto como ellos. Lo

que sí lamentaba Boris es que los disparos de los vigilantes no hubiesen alcanzado a Lex Shilton y Diliana Birkin, porque éstos tenían ahora el paso franco hacia la máquina inventada por el profesor Rybkoski.

Vladimir Bogatirov iba a montar en cólera cuando se enterase, pero Boris nada podía hacer por impedir que Lex y Diliana penetrasen en la sala y viesen la poderosa máquina.

—Buen disparo, Diliana — dijo Shilton.

—También el tuyo lo ha sido, Lex —repuso ella.

—El que lleváramos a Boris como escudo no contuvo a los tipos.

—Yo ya me lo esperaba.

—La verdad es que yo también.

Boris continuaba echado de bruces en el suelo, inmóvil. Lex le dio un puntapié en el trasero y dijo:

—Tú, no te hagas el muerto. Sabemos que no estás ni siquiera herido, así que

levántate.

Boris rezongó una maldición y se puso en pie.

El reportero lo empujó con el cañón de su fusil, obligándolo a caminar.

—Entremos en la sala, Boris. Abre tú la puerta. El tipo obedeció.

En cuanto pulsó el pequeño disco rojo que se veía en la pared, a la derecha de la

puerta, ésta comenzó a subir rápida y silenciosamente, dejando el paso libre.

Lex volvió a empujar a Boris y éste penetró en la sala, seguido de la pareja de reporteros. Al fondo de la misma se hallaba ubicada la máquina creada por el profesor Rybkoski.

Lex y Diliana quedaron impresionados al verla.

Era una máquina enorme, con una especie de cañón o telescopio gigante apuntando hacia la Tierra por un mirador, empotrado a él. La máquina, no cabía la menor duda, estaba funcionando, ya que se veían un buen número de pilotos encendidos, unos de forma intermitente y otros permanente.

Se veían, también, múltiples celdillas despidiendo luces. Y una serie de indicadores con sus respectivas agujas oscilando o simplemente vibrando.

Por último, un suave zumbido, continuo, confirmaba que la poderosa máquina estaba en funcionamiento, manteniendo, nada más y nada menos, que paralizado el globo terráqueo.

El profesor Rybkoski no se había percatado de la presencia en la sala de Boris, Lex y

Diliana, ya que se hallaba junto a la máquina, de espaldas a la puerta.

Era un tipo menudo, cincuentón, con el pelo gris, largo y cómicamente revuelto, como

si hiciera años que no había empuñado un peine. Llevaba una bata de científico y se movía, nervioso, frente al ingenio electrónico creado por él.

Boris, por el rabillo del ojo, vio que Lex y Diliana contemplaban fijamente la máquina, como embobados, lo que le hizo pensar que ahora tenía la posibilidad de sorprenderlos a los dos.

No obstante, vaciló.

Tenía miedo de intentarlo, principalmente porque sus facultades físicas se hallaban bastante mermadas después de su pelea con Lex Shilton, y del patadón que éste le atizara en la mandíbula en la pequeña estancia que sirviera de celda a la pareja de reporteros.

Más miedo, sin embargo, le tenía a Vladimir Bogatirov, y eso le ayudó a decidirse. Se revolvió de pronto, todo lo rápido que pudo, y le asestó un golpe en el cuello a Shilton, derribándolo, aunque el reportero no llegó a perder el fusil.

Diliana reaccionó, pero lo hizo un segundo tarde y no pudo evitar que Boris le arrancara el fusil de las manos antes de mandarla al suelo también, de un violento empujón.

Boris apuntó inmediatamente a Lex Shilton, decidido a acabar con su vida, pero, por desgracia para él, el reportero accionó antes el disparador.

El rayo alcanzó en el plexo solar al vengativo Boris y le causó una muerte casi instantánea, pues sólo tuvo tiempo de lanzar un grito estremecedor y soltar el fusil que empuñaba, desplomándose a continuación.

El profesor Rybkoski se había vuelto ya, descubriendo a Lex y Diliana, ambos en el suelo todavía. Como era de esperar, su rostro reflejó un total desconcierto.

Lex se irguió con prontitud, siendo imitado por Diliana, que se apresuró a recuperar el fusil. El reportero apuntó al científico con el suyo y ordenó:

—No se mueva, profesor Rybkoski.

* * *

Vladimir Bogatirov aguardaba con impaciencia el regreso de Boris. Se había librado de la celosa Verena con una hábil excusa para poder estar a solas con Diliana Birkin.

Esperaba pasarlo fenomenal con ella, pero Boris tardaba demasiado en traérsela, lo que hizo sospechar a Vladimir que Diliana había vuelto a mostrarse agresiva.

Vladimir quiso saber por qué Boris se retrasaba tanto y ordenó a uno de sus hombres que fuera en su busca. El tipo tardó sólo un par de minutos en regresar, ya que lo hizo a la carrera.

—¡Se han escapado, jefe! —exclamó.

—¿Cómo dices...?

—¡El tipo y la chica no están en el cuarto donde fueron encerrados! ¡Allí sólo están tres de los nuestros, inconscientes! ¡Fueron golpeados y sólo encontré dos fusiles!

El rostro de Vladimir Bogatirov empezó a congestionarse.

Adivinaba que los otros dos fusiles se hallaban en poder de Lex Shilton y Diliana Birkin, y que éstos habían tomado a Boris como rehén, para huir de la nave.

¿Para huir de la nave… o para que les guiara hasta la sala en donde se hallaba instalada la máquina inventada por el profesor Rybkoski?

Vladimir tuvo la corazonada de que se trataba de lo segundo y se apresuró a conectar la pantalla de televisión que le permitía estar en contacto con dicha sala y con el creador de la máquina que mantenía paralizada a la Tierra.

La pantalla ofreció instantáneamente la imagen del ingenio electrónico, del profesor Rybkoski, parado junto a la máquina, y de Lex Shilton y Diliana Birkin, apuntando con sus fusiles al científico.

Vladimir pudo ver, también, a Boris, tirado en el suelo, con el pecho destrozado.

—¡Han liquidado a Boris! —exclamó, colérico—. ¡Y sospecho que pretenden destruir la máquina! ¡Tenemos que atraparlos de nuevo antes de que lo consigan!

* * *

El profesor Rybkoski, denotando todavía un absoluto desconcierto preguntó:

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? ¿Por qué habéis matado a Boris?

Lex se aproximó un poco más, al tiempo que indicaba:

—Vigila la puerta, Diliana.

—Bien —respondió la reportera.

—Me llamo Lex Shilton, profesor. Y ella, Diliana Birkin. Hemos matado a Boris en defensa propia, ya que él intentó acabar con nosotros. Le obligamos a que nos guiara hasta aquí porque queremos destruir su invento.

El científico respingó.

—¿Destruir mi máquina…?

—Sí.

—¡Estáis locos!

—Los locos son usted y Vladimir Bogatirov. Creo que ninguno de los dos está en sus cabales.

—¡Eso no es cierto! ¡Yo soy un genio, Shilton! ¡Y lo he demostrado creando esta extraordinaria máquina, capaz de detener el movimiento de la Tierra!

—Reconozco que tiene su mérito, profesor, pero la Tierra tiene que seguir girando sobre sí misma, como lo ha hecho siempre. No puede estar paralizada, provocando unos días interminables en una cara del planeta y unas noches igualmente interminables en la otra cara. Ambas cosas, el día y la noche, son necesarias para todos los países, para todos los habitantes de la Tierra.

—¡No seas estúpido, Shilton! ¡La inmovilización de la Tierra no se va a prolongar más de veinticuatro horas!

—¿De veras?

—¡Esto es sólo una prueba!

—¿Y qué pasará después? —preguntó Lex.

—¡Nada!

—¿Nada…?

—¡La Tierra volverá a girar normalmente, te b aseguro! El reportero movió la cabeza.

—Estoy seguro de que Vladimir Bogatirov tiene otros planes, profesor Rybkoski. Puede que los desconozca usted, o puede que me esté mintiendo para evitar la destrucción de su máquina, pero no le va a servir de nada, porque vamos a pulverizar su invento.

—¡No, Shilton! ¡No lo permitiré! —chilló el científico, e hizo ademán de atacar al reportero.

En ese preciso instante, sin embargo, apareció Vladimir Bogatirov, acompañado de ocho hombres, todos ellos armados con fusiles.

CAPITULO XI

—¡Lex! —gritó Diliana Birkin, sin atreverse a disparar contra Vladimir Bogatirov y sus hombres, porque eran demasiados y acabarían con ella con facilidad.

Shilton se giró y apuntó a Vladimir y los suyos con su fusil, pero tampoco él se decidió a disparar. Pensaba, como Diliana, que no podrían con todos.

Bogatirov, que empuñaba una pistola de rayos láser, se alegró de haber llegado a

tiempo de impedir la destrucción de la máquina creada por el profesor Rybkoski.

El científico, igualmente contento, exclamó:

—¡Pretendían destruir mi invento, Bogatirov!

—Lo sé, profesor.

—¡Son un par de locos!

—Efectivamente. Pero no tema, profesor Rybkoski. Hemos llegado a tiempo de evitar que cometan tamaña barbaridad. Vamos, Shilton, arroja ese fusil —ordenó Vladimir—. Y tú también, Diliana.

La reportera consultó con la mirada a Lex, quien tampoco se decidía a arrojar su arma, pues intuía lo que les aguardaba si se entregaban a Bogatirov y sus hombres.

Vladimir se dejó oír de nuevo:

—¿Por qué vaciláis? Somos nueve y vosotros sólo sois dos. Si hacéis uso de vuestras armas, moriréis irremisiblemente. Vamos, sed sensatos y arrojad los fusiles. No tenéis ninguna posibilidad.

—De acuerdo, Bogatirov. Arrojaremos los fusiles —accedió Lex Shilton—. Pero con una

condición.

—No estáis en situación de poner condiciones, Shilton.

—Me lo llevaré a usted por delante si no accede, Bogatirov —amenazó el reportero. Vladimir titubeó.

Lex, efectivamente, le estaba apuntando a él con su fusil, y si le daba tiempo a accionar el disparador…

—¿Qué condición es ésa. Shilton? —preguntó Vladimir.

—Quiero que me prometa que respetará a Diliana.

—Eso no necesito prometerlo, puesto que en ningún momento he pensado faltarle al respeto.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra.

—¿Por qué quería estar con ella a solas, entonces?

—Tenía intención de proponerle algo.

—¿El qué?

—No tengo por qué decírtelo a ti, Shilton.

—Dígamelo a mí, Bogatirov —intervino Diliana. Vladimir la miró.

—Cuando estemos a solas, preciosa.

—Yo no quiero estar a solas con usted, Bogatirov, así que olvide su proposición.

—Te interesa, créeme.
—Le repito que se olvide.
—Muy bien, como quieras. Y ahora, arrojad los fusiles.
Lex Shilton vaciló todavía unos segundos. Después, dejó caer su arma al suelo y dijo:
—Obedezcamos, Diliana.
La reportera arrojó también su fusil. No podían hacer otra cosa.
Y mientras conservaban la vida, mantendrían la esperanza de salir con bien de aquello. Una esperanza pequeña y remota, pero esperanza al fin y al cabo.
Vladimir Bogatirov sonrió, satisfecho.
—Recoged los fusiles, muchachos —ordenó.
Dos de sus hombres se acercaron a la pareja de reporteros y recogieron el par de fusiles, colocándose seguidamente detrás de Lex y Diliana.
A Lex no le gustó.
Intuía que iba a ser golpeado, como al término de su pelea con Boris. Y no se equivocó.
Uno de los tipos le golpeó en la nuca, con el cañón de su fusil, y le causó un dolor terrible. Lo peor, sin embargo, fue que perdió el conocimiento.
—¡Lex! —gritó Diliana, dejándose caer junto a él. Le cogió la cabeza y lo protegió con su cuerpo.
—¡Cobardes!
Vladimir Bogatirov sonrió fríamente y ordenó:
—Acabad con Shilton, muchachos.

* * *

Una oleada de frío recorrió el cuerpo de Diliana Birkin, estremeciéndolo de pies a cabeza.
—¡No, por favor! —suplicó, mirando a Vladimir Bogatirov. La sonrisa de éste se tornó irónica.
—¿Qué es lo que me pides por favor, preciosa? ¿Que le perdone

la vida a Shilton...?

—¡Si!

—Tres de mis hombres han muerto. Y otros tres permanecen inconscientes. Alguien tiene que pagar por ello.

—¡Fue en defensa propia, Bogatirov!

—¿Seguro?

—¡Se lo juro!

—En ese caso, podemos discutir el asunto. A solas, naturalmente. Y quizá lleguemos a un acuerdo.

—¿Por qué no lo discutimos ahora y aquí? —repuso Diliana, que temía verse a solas con Vladimir.

Este meneó su afeitada cabeza.

—Me gusta discutir los asuntos serios en privado, Diliana.
—¿Y si me niego...?
—Shilton morirá.
Diliana lo maldijo con los ojos.
—De acuerdo, Bogatirov. Discutiremos el asunto en privado.
—Perfecto. Ven conmigo, Diliana, vosotros, mientras tanto, encerrad a Shilton — ordenó Vladimir—. Y esta vez atadlo de pies y manos, para que no pueda sorprender a nadie cuando vuelva en sí.
Después, él y Diliana abandonaron la sala.
Vladimir se permitió el coger del brazo a la reportera.
A pesar de que lo hizo con suavidad y delicadeza, Diliana estuvo a punto de soltarle un zarpazo, pero se contuvo, diciéndose que no le convenía mostrarse arisca y agresiva con Vladimir.
Por el momento, al menos.
—¿Qué significa Shilton para ti, Diliana? —preguntó Vladimir.
—No le entiendo.
—Es más que un amigo, ¿verdad?
—No, es solamente eso.
—¿No me engañas...?
—¿Por qué iba a hacerlo?
—No sé. Por tu forma de defenderlo, y de suplicar por su vida, se diría que estás enamorada de él. Y juraría que Shilton siente lo mismo por ti.
—Está equivocado. Sólo somos compañeros.
—Bueno, pues aunque únicamente sea por amistad y por compañerismo, confío en que aceptes la proposición que pienso hacerte.
Diliana lo miró.
—¿Qué es lo que piensa proponerme?
—No tardarás en saberlo, preciosa.
Habían llegado ya a la lujosa sala rectangular de suelo alfombrado y salpicado de almohadones de vivos colores. Vladimir abrió la puerta y entró con la reportera.
Cuando ya la puerta se estaba cerrando automáticamente, Diliana preguntó:
—¿Dónde está la hermosa y sensual Verena?
—Me libré de ella para poder hablar contigo a solas —confesó Vladimir.

—No le debió sentar muy bien.

—Olvidémonos de Verena y vayamos a lo que nos interesa a los dos.

—¿A los dos...?

—Sí, porque tú quieres que Lex Shilton siga viviendo y yo... Al ver que Vladimir se interrumpía, la reportera preguntó:

—¿Qué es lo que quiere usted, Bogatirow?

Este la rodeó repentinamente con sus poderosos brazos y respondió:

—Te quiero a ti, Diliana.

La reportera forcejeó con él.

—¡Suélteme!

—Escúchame, te lo ruego.

—¡Prometió usted que me respetaría, Bogatirov!

—Y pienso hacerlo, te lo aseguro. Si no aceptas mi proposición, te soltaré y no volveré a rozarte siquiera. Pero recuerda que Lex Shilton morirá si me rechazas.

Diliana dejó de forcejear con él.

—¡Es usted un canalla, Bogatirov!

—Comprendo que en este momento te lo parezca, pero cambiarás de parecer si aceptas mi proposición, porque no tengo intención de poseerte y luego olvidarme de ti. Quiero tenerte a mi lado para siempre.

—¿Y Verena...?

—Me desharé de ella. Tú me gustas más, Diliana. Ocuparás su puesto y compartirás mi éxito.

—¿Exito? ¿Qué éxito?

—Dominaré la Tierra, Diliana.

—¿Cómo?

—Utilizando la máquina inventada por el profesor Rybkoski. Puede paralizarlo todo,

¿sabes? Naves, vehículos, barcos, personas... Todo aquello que se mueve puede quedar quieto. Y por tiempo indefinido, si yo quiero. ¿Te das cuenta del poder que eso me puede proporcionar, Diliana...?

La reportera, estremecida, no respondió.

—¡Seré el dueño y señor del planeta! —aseguró Vladimir, y soltó varias carcajadas seguidas, más propias de un loco peligroso que de una persona cuerda.

CAPITULO XII

A Verena le castañeteaban los dientes de furia, pero no porque Vladimir Bogatirov le hubiese puesto una excusa para librarse de ella, pese a sospechar que lo había hecho para poder estar un rato a solas con Diliana Birkin.

Precisamente por eso, por sospecharlo, había estado vigilando con disimulo la puerta

de la sala que ella se vio obligada a abandonar, lo que le permitió ver que Boris iba en busca de Diliana por orden de Vladimir.

Verena vio también que Boris no regresaba, que Vladimir enviaba a un hombre en su busca, que éste volvía alarmado, y que poco después Vladimir abandonaba la sala, armado con una pistola, lo que le permitió deducir que Lex Shilton y Diliana Birkin habían sorprendido a Boris y a los hombres que iban con él, y habían escapado de su encierro.

Aprovechando la ausencia de Vladimir, Verena había penetrado en la sala y había dejado en ella, oculto bajo uno de los almohadones más retirados, un pequeño ingenio electrónico que le iba a permitir escuchar lo que hablasen Vladimir y Diliana, cuando ésta y Lex Shilton fuesen apresados de nuevo, lo cual no ponía en duda Verena, pues era prácticamente huir de una nave como la de Vladimir.

Minutos después, en efecto, Verena veía aparecer a Vladimir y Diliana. Desde su escondite, sin ser descubierta, los vio entrar a los dos en la sala y se dispuso a escuchar lo que decían.

Lo que decían... y lo que hacían.

El diminuto ingenio electrónico funcionó a la perfección, permitiendo que Verena se enterase de los planes que tenía Vladimir. ¡Reemplazarla por Diliana!

¡No podía creerlo!

¿Lo diría sólo para que Diliana accediera a complacerle, o sería cierto que ésta le gustaba más que ella...?

Verena no lo sabía, pero sentía crecer la furia en su pecho por segundos. Y llevada de esa misma furia, decidió darle un

escarmiento al zorro de Vladimir.

Sin dudarlo ni un segundo más, se dirigió a la pequeña estancia en la que permanecía encerrado Lex Shilton. La puerta, como ya esperaba Verena, se hallaba custodiada por un par de hombres.

Los tipos la descubrieron y clavaron sus ojos en ella.

En sus rotundos pechos, en su liso vientre, en sus formidables caderas, en sus largas y excitantes piernas...

Era como contemplarla desnuda, porque la finísima túnica color ámbar apenas velaba sus tentadoras formas de mujer en la plenitud de su belleza.

Verena, consciente de la pasión y el deseo que despertaba su exuberante anatomía entre los hombres de Vladimir, sonrió sensualmente y se aproximó a la pareja de vigilantes, moviendo las caderas como ella sabía hacerlo.

Los tipos sintieron que se les secaba la garganta y se pusieron nerviosos. Verena se plantó frente a ellos y los saludó:

—Hola, muchachos.

—¿Deseas alguna cosa, Verena? —preguntó el de la derecha, con voz más ronca de lo habitual.

—Sí, entrar ahí.

—¿Entrar...? —repitió el otro vigilante.

—Quiero hablar con Lex Shilton. Los tipos se miraron.

Verena alzó ambas manos a la vez y acarició suavemente los rostros de los vigilantes.

—Vamos, guapos, abridme la puerta.

—¿Sabe el jefe que...? —preguntó el de la izquierda.

—Por supuesto —mintió Verena.

—Está bien —dijo el otro tipo, y abrió la puerta.

—Gracias, simpáticos —sonrió Verena, y los besó a los dos en los labios. Después penetró en la reducida estancia.

Como los vigilantes se habían quedado paralizados tras los besos, y no cerraban la

puerta, la propia Verena se encargó de ello. Luego, observó a Lex Shilton.

El reportero yacía en el suelo, atado de pies y manos, con los ojos cerrados, inmóvil. Verena adivinó que se hallaba inconsciente y se apresuró a reanimarlo.

—¡Eh, Shilton! —lo llamó, zarandeándolo.

El reportero continuó con los ojos cerrados. Verena lo abofeteó, aunque suavemente.

El palmeo de mejillas dio resultado y Lex abrió los ojos.

—Verena... —murmuró, sorprendido, pues pensaba que era Diliana la que le palmeaba las mejillas.

La amante de Vladimir, arrodillada junto a él, sonrió ligeramente y preguntó:

—¿Cómo te sientes, Shilton?

Lex, en vez de responder, buscó a Diliana con la mirada. Al no encontrarla, preguntó:

—¿Dónde está Diliana?

—Con Vladimir.

—¡Prometió que la respetaría!

—Tiene otros planes, Shilton.

—¿Qué planes?

Verena le puso al corriente en sólo unos segundos. Lex sintió que la sangre le quemaba en las venas.

—¡Maldito! —rugió, tensando sus músculos, para ver si conseguía vencer la resistencia de sus ligaduras.

—No malgastes tus fuerzas, Shilton. Yo te soltaré —dijo Verena, sorprendiendo al reportero.

—¿Hablas en serio…? — exclamó Lex.

—Te lo demostraré —respondió Verena, y lo desató con rapidez.

Lex se puso en pie, siendo imitado por la amante de Vladimir, y a la que cogió suavemente por los hombros.

—¿Por qué lo has hecho, Verena?

—No quiero que Diliana ocupe mi lugar. Ni siquiera que Vladimir se divierta un par de horas con ella. Y sólo tú puedes evitarlo, Shilton.

—Lo evitaré, puedes estar segura.
—Afuera hay dos hombres.
—Son pocos para mí.
—Están armados, Shilton.
—No importa. Me libraré de ellos.
—Te ayudaré.
—¿Sabes pelear, Verena?
—No, pero sé cómo distraer a los hombres.
—No me cabe la menor duda —sonrió Lex, y besó en los labios a la amante de

Vladimir.

—Eh, que no me refería a ti... —bromeó Verena.
—Ya lo sé.
—Prepárate a actuar, Shilton.
—Estoy preparado, Verena.

Esta, ni corta ni perezosa, se despojó de la transparente túnica y abrió la puerta, saliendo así, desnuda, de la reducida estancia que hacía las veces de celda.

La pareja de vigilantes, naturalmente, sólo tuvieron ojos para el prodigioso cuerpo desnudo de Verena, lo que permitió a Lex sorprenderles por la espalda.

Con las manos entrelazadas, golpeó en la nuca a uno de los tipos. El vigilante emitió un gemido y se derrumbó, perdiendo su fusil.

Su compañero apartó la mirada de la tentadora anatomía de Verena, pero lo hizo tarde, porque las manos de Lex caían ya, todavía entrelazadas, sobre su cuello.

El golpe, tremendo, derribó también al segundo de los vigilantes, que quedó tan inconsciente como el otro.

Mientras Lex se apoderaba de uno de los fusibles, Verena se colocó de nuevo la túnica y dijo:

—Rápido, Shilton. No hay tiempo que perder.

* * *

Diliana Birkin continuaba estremecida, tras las últimas palabras de Vladimir Bogatirov.

—Dueño y señor del planeta... —murmuró la reportera.

—¡Así es, preciosa! ¡Y tú compartirás ese honor conmigo! —insistió Vladimir.

—No me interesa.

—¿Cómo...?

—Para mí no sería un honor, así que no deseo compartir semejante situación. Vladimir se puso serio.

—¿Rechazas, entonces, mi proposición...?

Diliana se mordió los labios antes de responder.

—Desgraciadamente, no puedo, porque le costana la vida a Lex Shilton y yo no quiero que muera.

—¡Le amas, confiésalo! —se enfureció Vladimir. La reportera no respondió.

Vladimir le dio una bofetada y la hizo caer el suelo.

—¡Contesta, maldita!

—¡Sí, le quiero! —admitió Diliana—. ¡Estoy enamorada de él y eso me obliga a entregarme a usted, Bogatirov, porque es la única manera de salvarle la vida!

Vladimir, dominado por la ira, pero también por el deseo, le arrancó la miniblusa y la dejó con el pecho desnudo. Se disponía ya a estrujar y mordisquear los bellos senos de la reportera, cuando la puerta de abrió y Lex Shilton irrumpió en la sala, acompañado de Verena.

—¡Apártate de ella, cerdo! —ordenó Lex, apuntando a Vladimir con su fusil.

CAPITULO XIII

Vladimir Bogatirov se quedó de piedra.

—¿Cómo diablos...? —murmuró.

—¡Yo le ayudé a escapar! —reveló Verena.

—¿Qué...?

—¡Oí que pensabas reemplazarme por Diliana y no me gustó!

—¡Perra! —ladró Vladimir, irguiéndose de un salto.

Como parecía dispuesto a golpear a Verena, Lex Shilton ordenó:

—¡Quieto, Bogatirov! ¡Si mueves un solo dedo, eres hombre muerto!

Vladimir contuvo su furia, aunque a duras penas, porque le hubiera gustado destrozar a dentelladas a Verena.

—¡Me las pagarás, lo juro! —rugió, despidiendo fuego por los ojos.

—¡Lo siento, Vladimir, pero de mí no se burla nadie! —replicó Verena.

Entretanto, Diliana Birkin se había puesto en pie. El cierre de su miniblusa, afortunadamente, no había quedado averiado, por lo que pudo ponérsela de nuevo y cubrir sus desnudos pechos.

Lex Shilton, sin dejar de vigilar a Vladimir Bogatirov, preguntó:

—¿Estás bien, Diliana?

—Sí, Lex. Llegaste muy a tiempo.

—Me pareció que no te defendías...

—No podía hacerlo. Bogatirov me había amenazado con matarte si yo no me entregaba sumisamente a él.

—¿Y por mí ibas a...?

—Sí.

—Jamás lo olvidaré.

—¡Cuidado, Shilton! —gritó Verena.

Y es que Vladimir, pensando que Lex estaba distraído, había saltado sobre él como un tigre, dispuesto a arrebatarle el arma y dominar la situación.

Pero el reportero, que seguía pendiente de él, no se dejó sorprender y recibió a
Bogatirov con un duro culatazo al rostro, obligándole a rodar por el

suelo.

Vladimir lo electrocutó con los ojos.

—¡Bastardo! —ladró, con la mano en la cara, porque el golpe le había causado una herida que ya estaba sangrando.

Lex le apuntó con el dedo,

—No vuelvas a intentarlo, Bogatirov. Pude haberte matado, porque tuve tiempo de apretar el gatillo.

—¿Y por qué no lo hiciste, maldito…?

—Te necesito vivo.

—¿Para qué?

—Vamos a volver a la sala en donde se halla instalada la máquina que mantiene paralizada la Tierra. Y, esta vez, no será Boris quien nos sirva de escudo, sino tú.

—¡Mis hombres acabarán con vosotros! ¡Con los tres!

—Si lo intentan, tú serás el primero en caer. Boga- tirov. Yo mismo te liquidaré. Y lo haré con mucho gusto, te lo aseguro.

—¡Vete al infierno, Shilton!

—Allí debió concebirte tu madre. Y apuesto a que fue el propio Satanás quien te engendró.

—¡Muérete!

—No tengo ganas. ¡Vamos, en pie!

Vladimir se incorporó, sin retirar la mano de su cara y mascullando cosas. De pronto, recordó que su pistola había quedado oculta bajo la túnica, cuando se despojó de ésta con brusquedad y la arrojó al suelo, justo encima del arma, depositada segundos antes sobre uno de los almohadones.

Si pudiera empuñarla...

—¡Camina, Bogatirov! —ordenó Lex.

—¿Puedo ponerme la túnica, Shilton? —preguntó Vladimir.

—¿Tienes frío...?

—No, pero no me gusta ir prácticamente desnudo.

—Está bien, póntela —accedió el reportero—. Pero rápido, ¿eh?

Vladimir dio un paso hacia donde yacía su túnica, sonriendo interiormente, pues estaba seguro ya de poder empuñar su pistola con disimulo y disparar sobre Lex Shilton antes de que éste pudiera reaccionar.

De pronto, sonó la voz de Diliana Birkin:

—Ordénale que se detenga, Lex.

—¿Por qué?

—Hazme caso.

—Quédate quieto donde estás, Bogatirov —ordenó Shilton. Vladimir no tuvo más remedio que obedecer.

Diliana se acercó al punto de la sala en donde yacía la túnica de Vladimir, se inclinó, la levantó y tomó la pistola que reposaba sobre el almohadón.

—Ya puedes recoger tu túnica, Bogatirov —dijo, con ironía, al tiempo que se retiraba unos pasos.

El rostro de Vladimir se congestionó de ira.

—¡Zorra! —escupió.

Lex soltó una carcajada.

—Conque no te gustaba ir prácticamente desnudo, ¿eh,

Bogatirov?

—¡Vete al diablo, Shilto!

—¡Vamos, camina de una vez! ¡Y así, sin la túnica! ¡No pillarás ningún catarro!

Vladimir lo insultó con el pensamiento y movió sus musculosas piernas en dirección a la puerta de la sala, confiando en que sus hombres encontraran la manera de librarle de él, de Diliana, y de la traidora de Verena.

Y podía suceder, ya que sólo habían muerto tres de sus hombres. Aún le quedaban muchos.

* * *

Habían abandonado ya la lujosa sala de ambiente oriental.

Vladimir Bogatirov iba delante, seguido muy de cerca por Lex Shilton. Tan cerca, que el extremo del fusil le rozaba literalmente la desnuda espalda.

—Al menor movimiento sospechoso, te abraso los riñones —advirtió el reportero. Un escalofrío recorrió el espinazo de Vladimir, pero no dijo nada.

Continuaron avanzando hacia la sala en donde estaba la máquina inventada por el profesor Rybkoski. Verena marchaba detrás de Lex, mientras que Diliana cerraba la fila, mirando continuamente hacia atrás, para no ser sorprendidos por la espalda.

Si surgía alguien por la retaguardia, no dudaría en accionar el gatillo de la pistola de

Vladimir, empuñada firmemente por ella.

Por el momento, sin embargo, no había aparecido ninguno de los hombres de Bogatirov. Y eso que estaban ya casi a punto de divisar la sala en la que estaba la máquina creada por el profesor Rybkoski.

De repente, surgieron Yanis y Ulf, los tipos que fueran golpeados por Diliana en presencia de Vladimir y Verena, tras la pelea de Lex con Boris.

Habían aparecido por detrás. Y, al ver que Vladimir Bogatirov se hallaba en poder de

Lex Shilton y Diliana Birkin, intentaron hacer uso de sus fusiles.

—¡Atención, Lex! —gritó Diliana, al tiempo que disparaba sobre uno de los tipos.

Yanis recibió el rayo en pleno tórax y lanzó un alarido ensordecedor, antes de pasar a mejor vida, lo cual tardó unos pocos segundos en suceder.

Shilton, que se había girado con rapidez, disparó sobre Ulf y acabó también con su vida. Vladimir se dijo que ahora tenía la oportunidad de sorprender a Lex Shilton y se revolvió como una centella. Pero el reportero, que ya contaba con ella, disparó el fusil hacia atrás y le incrustó la culata en el estómago.

El golpe, terriblemente doloroso, hizo rugir a Bogatirov, quien se encogió exageradamente, agarrándose las tripas. Shilton se volvió y le golpeó de nuevo con el fusil, en la cara.

Vladimir cayó el suelo, con otra herida en el rostro, que inmediatamente empezó a sangrar.

Sus gritos, como los de Yanis y Ulf, habían sido oídos por los dos hombres que vigilaban la puerta de la sala donde se hallaba el invento del profesor Rybkoski.

Los tipos, alarmados, abandonaron su puesto para saber lo que ocurría, encontrándose

casi en seguida con Lex, Diliana, Verena y Vladimir, este último todavía en el suelo.

—¡Dispara, Diliana! —gritó Shilton, predicando con el ejemplo.

La reportera hizo funcionar de nuevo la pistola que empuñaba, abatiendo a uno de los tipos. El otro, había caído ya fulminado por el rayo que escupió el fusil de Lex.

Vladimir desgranó una maldición al ver que perdía otros dos hombres. Y ya sumaban siete.

Cada vez le quedaban menos.

¡Y él seguía en manos de Lex Shilton y Diliana Birkin! Lex lo miró.

—¡Levántate, Vladimir!

Bogatirov obedeció, con una mano en el estómago, porque le seguían doliendo las tripas.

Shilton lo obligó a caminar de nuevo.

Poco después, alcanzando la sala, cuya puerta, ahora, se hallaba sin vigilancia. Verena se encargó de oprimir el pequeño disco rojo instalado en la pared y la puerta de guillotina empezó a subir.

Estaban a punto de penetrar en la sala, cuando aparecieron cuatro hombres armados,

atraídos por los gritos de muerte de sus compañeros.

—¡Cuidado, Diliana! —gritó Lex, encogiéndose al máximo, para ofrecer un blanco más difícil.

La reportera, en vez de encogerse, se arrojó al suelo y disparó desde allí. Shilton ya estaba disparando también.

Verena, temiendo ser alcanzada por alguno de los disparos de los hombres de Vladimir, imitó a Diliana.

Vladimir no lo hizo… y lo pagó muy caro.

Con la vida, nada menos, porque un rayo le destrozó el pecho y le causó la muerte casi en el acto.

Lex y Diliana supieron dar buena cuenta de los hombres de Bogatirov, liquidándolos a los cuatro con asombrosa rapidez. Después, se irguieron con prontitud y penetraron en la sala, siendo imitados por Verena.

La puerta de guillotina se cerró… y el cadáver de Vladimir Bogatirov quedó fuera,

ensangrentado, destrozado.

Ya no podría ser el dueño y señor de la Tierra.

EPILOGO

El profesor Rybkoski no mintió cuando dijo que su máquina mantendría paralizado el planeta sólo durante veinticuatro horas, que aquello era solamente una prueba, y que luego no sucedería nada.

Y es que el científico ignoraba que Vladimir Bogatirov había planeado dominar la Tierra gracias a su invento. No era, por tanto, culpable de nada.

Lex Shilton y Diliana Birkin lo comprendieron cuando hablaron con él, y dejaron de

verlo como a un enemigo. Y, puesto que el profesor Rybkoski no pensaba utilizar su máquina para atemorizar a los habitantes del planeta, no había razón para destruirla, por lo que la pareja de reporteros desistieron de pulverizarla con sus armas.

Es más, se alegraron de no tener que hacerlo, porque así podrían demostrar que la Tierra había quedado paralizada por la máquina inventada por el profesor Rybkoski, de lo cual, a buen seguro, dudaría mucha gente,

En la nave, según Verena, quedaban sólo un par de hombres. El piloto y el copiloto. Todos los demás, habían muerto.

Lex Shilton, utilizando la pantalla de televisión instalada en la sala, se puso en contacto con esos dos hombres y les comunicó que Vladimir Bogatirov y el resto de su gente habían muerto, aconsejándoles que llevaran la nave a la Tierra sin intentar nada cuando él se lo indicara.

Y es que, de momento, la nave tenía que seguir girando alrededor del planeta en órbita artificial, hasta cumplir las veinticuatro horas que debía durar la inmovilidad de la Tierra.

Entonces, el profesor Rybkoski pararía su máquina y el globo terráqueo empezaría a girar de nuevo sobre sí mismo. De esta manera, el horario solar de los países no quedaría alterado, sería el mismo de siempre.

No sucedería así, obviamente, si el profesor Rybkoski detenía su máquina ahora. El desbarajuste horario sería tremendo en todo el planeta.

El piloto y el copiloto, asustados, decidieron obedecer y no

intentaron ninguna jugarreta. La nave siguió girando alrededor de la Tierra y, a la hora exacta, el profesor Rybkoski detuvo su máquina y el planeta comenzó a girar de nuevo sobre su eje.

Lex y Diliana se abrazaron contentos.

—¡Lo hemos conseguido, Lex!

—¡Así es, preciosa! ¡Y tenemos un reportaje sensacional!

—¡Que firmaremos los dos!

—¡Naturalmente! Verena carraspeó.

—¿A mí no me abraza nadie...?

Lex sintió deseos de hacerlo, pero Diliana le adivinó el pensamiento y advirtió:

—Si la tomas en tus brazos, no volveré contigo ni aunque me lo pidas de rodillas.

—¿Es que has decidido reanudar nuestras relaciones...?

—Sí, aunque lo más probable es que me arrepienta pronto de ello.

—Esta vez no lo lamentarás, te lo prometo —dijo Shilton, y la besó en los labios con ardor.

El profesor Rybkoski sonrió y se acercó a la ex amante de Vladimir Bogatirov.

—¿Puedo abrazarte yo, Verena..?

—¡Encantada, profesor! —respondió ella, riendo, y se dejó abrazar y besar por el científico.

Lex y Diliana no se enteraron.

Se hallaban demasiado concentrados en el beso que se estaban dando.

F I N









EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.